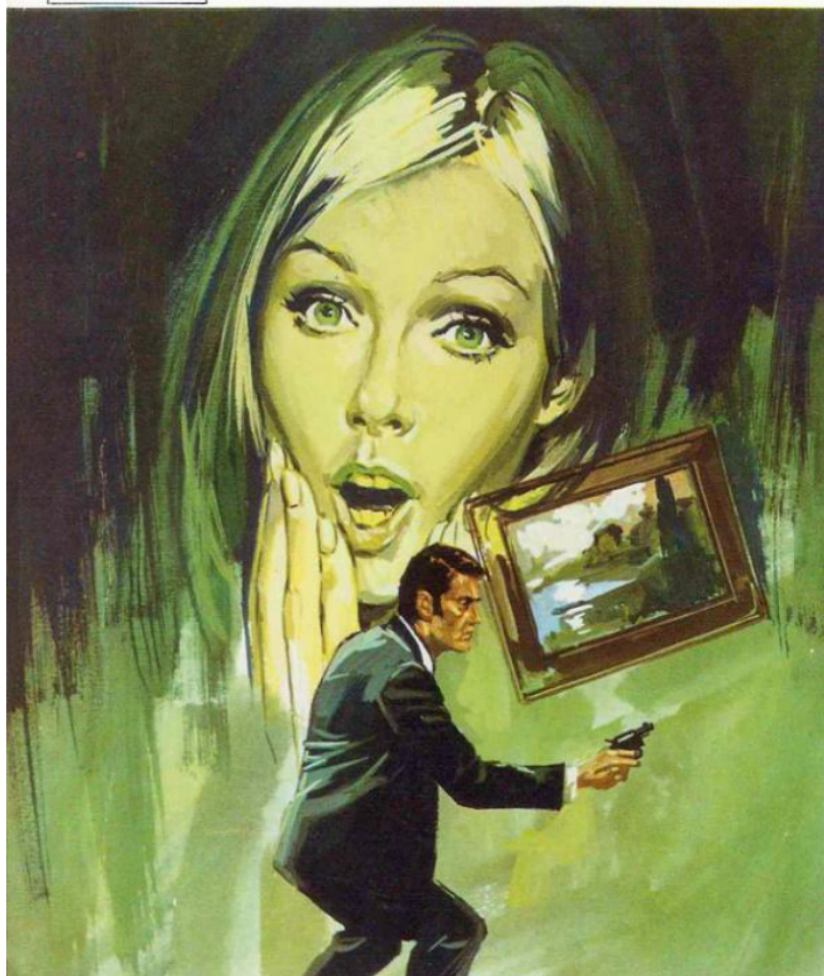


BOLSILIBROS BRUGUERA

PUNTO
ROJO

clave para el asesino

clark carrados



COLECCION

PUNTO ROJO



CLARK CARRADOS

CLAVE PARA EL ASESINO

Colección PUNTO ROJO n.º 549

Publicación semanal

Aparece los SABADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito legal: B. 34.099-1972

Impreso en España-Printed in Spain

1.ª edición: octubre, 1972

© CLARK CARRADOS-1972

texto

© JORGE SAMPER-1972

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1972

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

- En Colección BISONTE SERIE ROJA:
1.290.— ¡Caza al *sheriff*!
- En Colección SERVICIO SECRETO:
1.150.— El sello de los asesinos.
- En Colección BUFALO SERIE ROJA:
992.— Socios hasta el fin.
- En Colección CALIFORNIA:
812.— Abogado de revólver.
- En Colección KANSAS:
717.— Tumba para un hombre malo.
- En Colección BRAVO OESTE:
526.— Bancarrota a tiros.
- En Colección PUNTO ROJO:
545.— Por saber demasiado.
- En Colección SALVAJE TEXAS:
818.— El fin de la cuenta.
- En Colección ASES DEL OESTE:
635.— Las siete chicas de oro.
- En Colección BISONTE SERIE AZUL:
94.— La ley del valle sin ley.
- En Colección BUFALO SERIE AZUL:
27.— Comisario Buena Vista.

CAPÍTULO PRIMERO

La chica, observó Nick Gardiner, además de alta, era muy esbelta y toda su figura poseía un sello y una calidad inconfundibles. Estaba envuelta en distinción, podía decirse, pero no por ello parecía sofisticada. Todos sus ademanes eran completamente naturales y su andar resultaba gracioso y agradable de contemplar.

Gardiner no hubiera podido asegurar cuál era el color del pelo de la chica. En la duda, acabó calificándolo de tornasolado; según recibiera la luz, parecía oscuro, casi negro, o bien tenía reflejos dorados de incomparable belleza.

A Gardiner no le gustaba, por principio, seguir a las mujeres, pero contemplar a la chica era un espectáculo que no se daba todos los días. Además, en aquella discreta persecución, se daban dos casualidades: una, ella seguía su mismo camino. Dos: «¿En dónde diablos la he visto yo antes de ahora?», se preguntaba Gardiner una y otra vez, sin lograr despejar la incógnita.

La muchacha se detuvo ante un paso de peatones. Se encendió la luz verde y descendió la acera.

Pero no tuvo tiempo de dar un paso. Un automóvil se echó rugiendo sobre ella. La chica gritó y apenas si tuvo tiempo de dar un salto atrás y evitar el atropello por centímetros.

Al retroceder volteando, ella perdió el equilibrio. Hubiera caído, a no ser por los fuertes brazos de Gardiner, que la sostuvieron unos instantes. Gardiner se pudo dar así el placer de contemplar muy de cerca el más impresionante par de ojos de color violeta que había visto en su vida.

—Gracias, señor —musitó ella.

Gardiner se quitó el sombrero galantemente.

—Celebro que no le haya sucedido nada, señorita —dijo.

La gente había gritado en un principio. Ahora murmuraba y

echaba coléricas pestes contra el imprudente conductor, que no había sabido respetar la luz roja del semáforo.

Ella desapareció entre el gentío. Y Gardiner, como tenía su oficina al otro lado de la calle, prácticamente frente al paso de peatones, cruzó la calzada y se dispuso a emprender el trabajo cotidiano.

Su secretaria no había venido aquella mañana. En la receptora automática de mensajes, el, Gardiner, encontró uno en que le anunciaba hallarse ligeramente indispuesta y que no acudiría al trabajo. También le comunicaba los resultados de su labor durante la víspera, en que Gardiner había estado ausente durante casi toda la jornada.

Apenas había terminado de escuchar la grabación, sonó el ding-dong de la puerta.

Gardiner abandonó su despacho, cruzó la oficina de su secretaria y abrió. Apenas lo había hecho, lanzó una exclamación:

—¡Usted!

Y ella dijo lo mismo.

Gardiner parpadeó.

—No puedo creerlo —añadió a continuación.

—¿Qué es lo que usted no puede creer, señor Gardiner? —preguntó la chica.

—Simplemente, tenerla a usted delante de mis ojos... Eh, pero me conoce —exclamó él, de repente.

—Por eso estoy aquí —contestó la muchacha, con cierto brillo de picardía en sus ojos.

Gardiner reaccionó de repente.

—Pero no debe permanecer en el umbral. Entre, por favor, hablaremos en mi despacho —indicó.

—Gracias, señor Gardiner. —Mientras caminaban, ella dio su nombre—. Soy Esther Sheant.

—No recuerdo su nombre, señorita Sheant —manifestó Gardiner—. Pero su cara me suena. La he visto en alguna parte y, sin embargo, no consigo puntualizar el lugar donde hayamos podido conocernos.

—Nos hemos conocido hoy por primera vez —sonrió Esther—. Pero no es extraño que usted me haya visto antes. Ahora le voy a

decir dónde y cómo.

Esther abrió su bolso y sacó de su interior un sobre de regular tamaño, que entregó a Gardiner. El joven captó al tacto una cartulina dentro del sobre, aproximadamente de tamaño doble de una tarjeta postal.

Gardiner sacó la cartulina. De nuevo volvió a lanzar una exclamación de asombro.

—De modo que usted es...

—Sí —confirmó Esther—, la modelo que inspiró al pintor de ese cuadro, cuya reproducción tiene usted en las manos.

Al cabo de unos segundos, Gardiner levantó la vista y la fijó en su hermosa visitante.

—Recuerdo que el cuadro originó una gran cantidad de comentarios, todos favorables, por supuesto —dijo—. Además de una gran afluencia de público a la sala donde se exponía.

—Es cierto —convino Esther—. Y ello reportó a su autor un gran número de encargos que, desdichadamente, apenas si pudo cumplir.

—Ahora lo recuerdo. —Gardiner chasqueó los dedos—. El pintor se llamaba Grammont y murió... despeñado con su coche. Un lamentable accidente, señorita Sheant.

—No fue accidente, señor Gardiner. Lo asesinaron —declaró Esther, impávida.

Gardiner casi saltó en su asiento.

—¿Cómo lo sabe usted? —preguntó.

Ella sonrió tristemente.

—Aguarde un instante, por favor —pidió.

De nuevo sacó algo de su bolso. Era un papel doblado en dos, que entregó al joven.

—Lea, se lo ruego —indicó.

Gardiner desdobló el papel y fijó la vista en los renglones escritos con una letra que imitaba a las mayúsculas de imprenta:

«¿QUIERES SEGUIR EL MISMO CAMINO QUE
GRAMMONT? SI NO ES ASÍ, INDICANOS CUÁL ES LA
CLAVE DEL CUADRO O MORIRÁS».

—La nota no lleva firma —dijo Gardiner, una vez terminada la lectura—. ¿Tiene usted idea de quién ha podido enviársela?

—En absoluto. Sólo puedo decirle que la recibí hace un par de días. Ayer me llamaron por teléfono. El comunicante no dio su nombre; sólo dijo que quería conocer mi respuesta sobre el mensaje. Le dije que no sabía nada, cosa lógica, puesto que es así, y él se limitó a decirme que entonces debería atenerme a las consecuencias. Usted ha visto que hace pocos minutos he estado a punto de morir atropellada.

Gardiner escuchó con profunda atención el relato de la muchacha.

—Esos tipos, no sé por qué, me parece que han de ser más de uno, no se andan por las ramas —comentó—. Pero ¿en qué consiste la clave del cuadro, señorita Sheant?

—Exactamente, no lo sé —respondió Esther—. No obstante, por la conversación que sostuve ayer con el autor del anónimo, deduzco que se trata de una importante suma de dinero.

—Dinero escondido, tal vez, en algún lugar secreto, y cuya clave se expresa en el cuadro —supuso Gardiner.

—Eso es lo que yo pienso, pero no puedo dar más detalles, créame.

Gardiner volvió a contemplar la reproducción del cuadro, de un colorido absolutamente fiel al original y que demostraba la habilidad del autor de la fotografía.

—¿Dónde está el cuadro? —preguntó.

—Tampoco lo sé. Grammont se lo llevó después de la exposición y no volví a verlo —contestó Esther.

—Habrá más reproducciones fotográficas...

—No —contradijo ella, con energía—. Ésta es la única fotografía que Grammont permitió obtener, quedándose acto seguido con la película. Me entregó la fotografía, una vez revelada la película, y aseguró que él mismo había destruido el negativo.

—De todo esto podría deducirse una cosa, sin temor a errar, señorita Sheant —dijo Gardiner.

—¿Sí?

—El dinero mencionado en el anónimo, dejando de lado su cuantía, procede de algún hecho delictivo.

—Es lo que yo supongo, pero, por más que me esfuerzo, no consigo recordar de dónde ha salido esa suma. Es más, ni siquiera tengo la menor idea de su procedencia, ni mucho menos mi relación

con tal dinero —manifestó Esther, muy seria.

—Yo diría, lanzándonos por el camino de las suposiciones, que alguien consiguió ese dinero de una manera ilegal; no vamos a entrar ahora en detalles. Lo escondió para escapar a la persecución de sus compinches, o bien defraudó y engañó a éstos. Y ahora, ellos, es decir, los perjudicados, han conseguido averiguar que la clave del escondite del dinero está en el cuadro. Por tanto, opinan que usted, como modelo, puede conocer el lugar en que se encuentra la clave en el cuadro.

—Eso mismo es lo que yo he supuesto —concordó Esther—. Sin embargo, no se me alcanza la relación que pudo tener Grammont con el dinero.

—Usted misma ha dicho antes que Grammont murió en un supuesto accidente de automóvil.

—Sí, en efecto.

—En tal caso, es obvio que Grammont, al pintar el cuadro, situó también la clave del escondite del dinero.

—Así parece, señor Gardiner.

—Bien, pero ahora, dígame, ¿por qué sabe usted que la muerte de Grammont se debe a un acto intencionado y no a un accidente?

—El anónimo lo dice con toda claridad. Hasta ahora, yo había creído en la teoría del accidente, pero el que me habló ayer por teléfono también mencionó la muerte del pintor. Por tanto, ya no cabe duda de que se trata de un asesinato, señor Gardiner.

La respuesta de Esther parecía irrefutable. Gardiner fue a decir algo, pero, en el mismo momento, algo entró en la habitación con terrible fuerza, tras abrir en el cristal de la ventana un inequívoco agujero en estrella.

CAPÍTULO II

La bala perforó el cristal, trazó un largo surco sobre la mesa, a ambos lados de la cual se hallaban sentados los dos jóvenes, y acabó hundiéndose en la pared con sordo choque.

Esther lanzó un ligero grito de sorpresa. Gardiner pegó un salto en el asiento.

—¿Qué ha sido eso? —dijo ella.

Gardiner reaccionó de inmediato.

—Échese al suelo, rápido. ¡Nos tirotean! —exclamó.

Esther no se hizo de rogar en cumplir la orden. Gardiner abandonó su sillón, volteando hacia atrás, y casi en el mismo instante se oyó el zumbido de un segundo proyectil.

La chica estaba tendida al pie de la mesa. A través del hueco central, Gardiner la miró y dijo:

—No se mueva, siga dónde está.

—Han debido seguirme —opinó Esther, mientras él reptaba hacia la ventana.

—No cabe la menor duda —convino Gardiner—. Falló el atropello y ahora tratan de corregir su fracaso con un fusil.

—Pero no se han oído las detonaciones...

Gardiner ya estaba arrodillado junto a la ventana.

—Hay silenciadores también para los fusiles —dijo, secamente.

Al otro lado de la calle, a unos ochenta o noventa metros de distancia, había un gran edificio, destinado principalmente a oficinas y centros comerciales. Gardiner escrutó inútilmente las ventanas, tratando de dar la correspondiente al lugar donde se había apostado el tirador.

Ya no hubo más disparos. Gardiner empezó a sospechar que los proyectiles habían tenido un objetivo más intimidatorio que dañino. Y así se lo dijo a la muchacha, cuando, momentos después, corrió las cortinillas.

—¿Cómo puede saberlo? —preguntó Esther, asombrada.

—No lo sé, lo sospecho. El tirador podía vernos perfectamente, pero disparó al centro de nosotros dos. Sus balas dieron primero en la mesa, como puede ver —explicó él—. Y, además, tiene una puntería diabólica; el segundo proyectil entró casi por el mismo orificio que el primero. Fíjese en el cristal: los impactos forman una especie de ocho horizontal. Pudo haber corregido la puntería con el segundo disparo, ¿no cree?

Esther hizo un gesto de asentimiento.

—Indudablemente, pero... ¡es que yo no tengo la menor idea de dónde puede encontrarse la clave que ellos mencionan! ¡Si ni siquiera sé dónde está el cuadro! —protestó, con cierta vehemencia.

—Ellos piensan de otro modo, eso es indiscutible —manifestó Gardiner—. De todas formas, para sus problemas, señorita Sheant, hay una solución: la policía.

Ella puso cara de desilusión.

—Yo confiaba en que usted se hiciera cargo del caso, señor Gardiner —dijo.

—¿Yo? ¿Por qué yo? —se asombró él.

—Usted es abogado...

—Sí, y a veces, pero no demasiadas, defendiendo causas criminales ante los tribunales. También soy sociólogo y, en ocasiones, realizo investigaciones sobre temas sociales. En otras ocasiones realizo estudios contables de empresas que desean ampliar su negocio... pero lo que nunca he hecho es un trabajo que compete exclusivamente a la policía.

—Ya lo sé. Sin embargo, insisto en que usted se haga cargo de mi caso. Puedo pagarle —declaró Esther.

A Gardiner le extrañó la insistencia de la muchacha.

—Diríase que no quiere que el asunto se divulgue —comentó.

Esther hizo gestos de asentimiento.

—Así es —confirmó.

—¿Tiene miedo de alguien? —preguntó Gardiner.

La chica vaciló.

—Prefiero no decírselo por ahora —contestó.

—¡Hum! Si un abogado no puede confiar en su cliente, mala defensa de sus intereses tendrá éste.

—Lo único que me interesa es la discreción. En cuanto fuese a la

policía, llegaría la publicidad y ello resultaría funesto para mí.

Gardiner la miró de reojo.

—En el anónimo recibido no se menciona para nada la posibilidad de una denuncia a la policía —dijo.

—Ya lo sé, pero, insisto, quiero que se encargue usted.

—Ya se ha producido una muerte. Usted ha sido objeto de dos tentativas de asesinato. ¿Y todavía persiste en...?

—Por favor, señor Gardiner.

El tono de la chica era suplicante. Gardiner contempló su rostro, estudió unos instantes la expresión de aquellos enormes ojos y acabó pasándose una mano por la cara.

—Sea —cedió, con un gruñido de disgusto—. Acepto, pero no garantizo resultados... ni tampoco que, si las veo venir mal dadas, no acabe llamando a la policía.

Esther se sintió mucho más aliviada al escuchar aquellas palabras.

—Estoy segura de que usted resolverá el caso sin necesidad de mezclar a la policía —dijo.

Metió la mano en su bolso por tercera vez y sacó un cheque.

—Lo traía preparado —añadió.

Gardiner leyó la cifra y saltó en el asiento.

—¡Dos mil quinientos! —exclamó.

—Un anticipo a cuenta de la minuta —sonrió ella, a la vez que se ponía en pie—. Le llamaré dentro de unos días, señor Gardiner.

—¡Espere un momento! —pidió él.

Esther le miró intrigada.

—La fotografía —pidió Gardiner.

—¿Es que la necesita? —se extrañó Esther.

—Por supuesto. Es la pieza clave del caso, ¿no cree?

—Muy bien, pero, por favor, no la pierda.

Gardiner sonrió de una manera extraña.

—Tendré el placer de devolvérsela dentro de unos días —contestó.

Esther salió del despacho, dejando tras sí una estela de perfume muy suave y agradable. Gardiner lo aspiró a fondo y luego se acercó a la ventana. Descorrió ligeramente las cortinillas y miró hacia la calle.

Un hombre salía en aquel momento del edificio frontero.

Gardiner tenía buena vista y apreció que era bajo y membrudo. Además, cojeaba ligeramente.

El sujeto llevaba en la mano un maletín de forma un tanto alargada. A Gardiner no le cupo ya la menor duda de que el fusil, despiezado, iba dentro del maletín.

—Será preciso averiguar la identidad de ese tipo —murmuró.

Pero, por el momento, tenía algo más importante que hacer.

Una hora más tarde, Gardiner se hallaba frente a un sujeto vestido un tanto estrafalariamente, con melenas y barbita en punta.

—Hacía siglos que no nos veíamos, Nick —saludó Terry Crown, estrechando con fuerza la mano de su inesperado visitante.

—Un poco menos —sonrió Gardiner—. ¿Qué trabajos tiene entre manos el más acreditado fotógrafo de sociedad de esta urbe?

—Nunca falta trabajo —convino Crown, con una sonrisa—. Pero tampoco me escasea tiempo para invitar a una copa a un viejo amigo.

Momentos después, los dos hombres estaban encaramados en sendos taburetes, situados junto a un bar de aspecto estremecedoramente futurista. A Crown, Gardiner lo sabía bien, le gustaba impresionar a su clientela.

Los dos *high-balls* tintinearón al chocar. Después del primer trago, Crown dijo:

—¿Y bien? ¿Vienes a perpetuar tu efigie en una de mis obras de arte, Nick?

—Tanto como eso... —respondió el abogado, con sorna. Sacó la fotografía que le había entregado Esther y la arrojó sobre el mostrador—. Contempla esa maravilla y dime tu opinión.

Crown sacó la fotografía del sobre y, en el acto, lanzó una fuerte exclamación:

—¡Caramba, qué sorpresa!

—¿La conoces, Terry?

—A la modelo, personalmente, no; pero sí vi el cuadro en la exposición. Levantó muchos comentarios, créeme. Oye, ¿de dónde has sacado tú esta fotografía?

—Sería largo de contar —eludió Gardiner una respuesta concreta—. Pero tú estás muy metido en los ambientes de alta sociedad y quizá puedas darme detalles de la modelo y de sus

circunstancias.

—Bien, si quieres que te diga la verdad, no sé demasiado del asunto, aunque sí puedo decirte que hubo un tipo que quiso retirar el cuadro de la exposición. El autor, naturalmente, no lo consintió.

—¿Por qué quería retirar el cuadro, Terry? —preguntó Gardiner, muy interesado.

—Va a casarse con ella. No le gustaba una exhibición semejante de su futura esposa.

—Ah, ya entiendo. Pero, oye, la modelo no ha posado precisamente como la Maja desnuda, de Goya. Hay unos velos...

—Terriblemente sugerentes, Nick —sonrió el fotógrafo—. Y ahí, en lo que los velos dejan y no dejan ver, en lo que sugieren y en lo que no está cubierto por esos velos, radica el arte del pintor.

—Ya entiendo. De modo que el futuro cónyuge de la que podríamos llamar *Maja de los velos* quería evitar la exhibición del cuadro.

—Justamente. Es un hombre muy importante, lo que significa riqueza y, por supuesto, poder. ¿Has oído hablar de Raymond Larsane?

Gardiner silbó.

—Sí, has oído hablar de él —sonrió el fotógrafo—. Yo no digo que el cuadro no gustase a Larsane; lo que sí quería era evitar su exhibición pública.

—Comprendo. —Gardiner pensó en las reticencias de Esther a declarar los motivos por los cuales no quería acudir a la policía, que ahora se le hacían inteligibles—. Bien, Terry, necesito que me hagas una copia a tamaño natural, el del cuadro original, desde luego.

Crown abrió la boca.

—¿Te has vuelto loco, Nick? —se asombró.

—Nada de eso —sonrió el abogado—. Una copia a tamaño natural y, claro está, montada sobre un bastidor rígido. Tú ya sabes que a veces se hacen fotografías grandes de paisajes o reproducciones de cuadros célebres para decoración de interiores.

—Lo sé, y no es la primera vez que yo hago una cosa así...

—Por eso he venido a verte, Terry. No es necesario que diga que abonaré sin pestañear el importe de tu factura.

Crown agitó una mano, como dando a entender que el dinero era lo de menos. Gardiner se dispuso a retirarse.

—Ah, una cosa, Terry. Ten cuidado: se ignora dónde está el original y ésa es la única fotografía que existe. El negativo fue destruido, ¿comprendes? —advirtió.

—Lo tendré en cuenta —contestó Crown—. Ya procuraré darme prisa.

—Cosa que agradeceré vivamente —se despidió el abogado.

CAPÍTULO III

Del estudio del fotógrafo, Gardiner se dirigió al Banco, a fin de ingresar el cheque. El empleado que le atendió era buen amigo suyo.

—Se hacen negocios, ¿eh, picapleitos? —dijo, con acento de buen humor.

—Así, así, esbirro de usureros —contestó Gardiner, en el mismo tono—. Oye, este cheque, casualmente, ha sido extendido contra una cuenta de este Banco.

—Sí, desde luego. ¿Y...?

Gardiner bajó la voz.

—Andy, dime cómo anda de fondos la cuenta de la persona que ha librado el cheque —pidió.

Andy Willman le miró fijamente un segundo. Luego hizo un breve pestaño de inteligencia.

Gardiner esperó muy poco, menos de un minuto. Pronto tuvo la respuesta:

—Cuando los fondos del librador hayan pasado a tu cuenta, en la de ella sólo quedarán seis dólares con doce centavos —informó Willman.

Gardiner respingó ligeramente. Luego sonrió y dirigió un gesto amistoso al empleado.

—Adiós, Andy, he tenido mucho gusto en verte.

—Adiós, Nick.

Gardiner regresó a su casa.

Esther le había mentido en parte. ¿Cómo podría pagarle más dinero, si, prácticamente, le había entregado todo su capital?

Y, por otra parte, ¿tanta importancia tenía para ella que su caso no fuese conocido por la policía? ¿Era sólo por la boda que se podía frustrar?

Cuando entró en su oficina, se encontró con una visita

inesperada.

Había dos sujetos de aspecto poco agradable, uno de los cuales le apuntaba con una pistola de gran calibre, una 45 por lo menos, calculó Gardiner. El otro, sentado tranquilamente tras su propia mesa, registraba carpetas y cajones con toda desenvoltura.

—Bien venido, abogado —saludó el de la pistola—. A decir verdad, ya empezábamos a pensar mal de su afición al trabajo.

—Creíamos que se habría ido de juerga —añadió el otro, en tono que no tenía nada de bromista.

—La juerga se la están corriendo ustedes en casa ajena —contestó Gardiner, tratando de rehacerse de la sorpresa recibida—. Ya que han entrado aquí sin mi permiso, ¿puedo saber, al menos, cuáles son los motivos de su visita, caballeros?

—Puede saberlo —contestó el de la pistola—. Simplemente, buscamos una fotografía.

Casi lo había presentido Gardiner, por lo que la respuesta del individuo no le causó extrañeza alguna. Procuró mostrarse tranquilo y siguió sin que su rostro mostrase anormalidad en la expresión.

—Podría decirles que no tengo la menor idea de la fotografía que buscan —manifestó—. Pero soy un hombre virtuoso y detesto la mentira. Por eso no les diré dónde está.

—¿Se ha fijado en esta pistola, abogado?

—¿Va a dispararla contra mí?

El pistolero respingó. Su compinche, con torvo acento, dijo:

—Quizá no, pero se puede usar de otra forma.

—Bueno, que lo pruebe —desafió Gardiner.

Los intrusos se sentían un tanto desconcertados ante la tranquilidad que mostraba el abogado. De pronto, el que registraba la mesa volvió a hablar:

—Hookie, anda, hazle una demostración.

—Sí, claro, es lo que procede.

Hookie se acercó al joven, alzó la mano y se dispuso a descargar el golpe. Unos dedos de acero aferraron repentinamente su muñeca, a la vez que una rodilla se clavaba venenosamente en su ingle.

Los labios de Hookie se abrieron para emitir un gemido de agonía. Antes de que pudiera recuperarse, Gardiner lo agarró por la cintura y, alzándolo en vilo, lo disparó contra su compinche, quien ya se disponía a sacar la otra pistola.

Los dos rufianes rodaron por el suelo, hechos un revoltijo de brazos y piernas. Gardiner demostró en aquellos momentos saber convertirse en un centelleante torbellino.

Antes de que los intrusos se recobrasen, Gardiner agarró una silla y la descargó con todas sus fuerzas, al bulto. La silla se rompió en varios trozos. Alguien emitió un grito de dolor.

Una de las patas de la silla se había soltado. Gardiner la agarró y, usándola como una estaca, empezó a golpear cabezas, brazos, cuerpos y piernas con absoluta liberalidad.

Hookie y su compinche gateaban en vano, tratando de librarse de la lluvia de golpes que caían sobre ellos. La pata de la silla se rompió y Gardiner destrozó otra silla sobre las posaderas de Hookie, de cuya garganta se escapó un angustioso grito de dolor.

Los rufianes quedaron al fin en el suelo, sollozando de rabia, impotentes para contraatacar. Dos pistolas pasaron a poder del abogado, el cual, acto seguido, los expulsó a puntapiés del despacho, sin el menor miramiento.

Al cabo de un rato, Gardiner se arrepintió de su vehemencia.

—Debí haberles preguntado quién les había enviado a buscar la fotografía —se dijo.

Pero había otros medios de averiguarlo.

La chica era nueva en The Mill. Era de buena estatura y curvas netamente femeninas, y su rostro, un tanto atezado, poseía un cierto atractivo exótico, sobre todo gracias a la frondosa cabellera negra como ala de cuervo que lo enmarcaba.

—Me llamo Blue Moon Hayard, pero todos me llaman Blue —dijo, como respuesta a la pregunta del abogado acerca de su nombre.

—Me gusta. «Luna Azul» —tradujo Gardiner.

—Mi abuelo era indio navajo —explicó ella.

—Ah, ya entiendo. ¿Llevas mucho tiempo en The Mill, Blue?

—Algunas semanas. Nunca te había visto antes de ahora, Nick.

—He estado fuera —mintió el abogado—. Blue, me alegro infinito de haberte conocido, pero voy buscando a un cliente habitual de esta taberna.

—Quizá lo conozca yo —sugirió la chica.

—Quizá —convino Gardiner—. Se llama Tommy Beacon.

—Ah, sí, un «soplón» de la policía. Oye, ¿no serás tú también un

polizonte?

—¿Con esta pinta? —sonrió Gardiner, señalándose a sí mismo y al sencillo atuendo que vestía.

—¡Hum! ¿Quién sabe? Hoy día, los policías se disfrazan de todo... aunque, a decir verdad, tus asuntos con Tommy no me interesan en absoluto. Hace algunos minutos se retiró a un reservado con un tipo que debía ser amigo suyo. A ganarse algún dinero, facilitando informes, claro.

—Es su oficio —sonrió Gardiner—. ¿Conoces al amigo de Tommy?

—No, nunca lo había visto. Es un tipo algo bajo, ancho de hombros... Cojea un poco al andar —describió Blue gráficamente. Una especie de timbre de alarma sonó instantáneamente en el cerebro del abogado. Blue captó su expresión y se sintió intrigada—. ¿Sucedó algo, Nick? —preguntó.

—Tal vez —contestó Gardiner, evasivamente—. ¿Sabes en qué reservado están?

—Me parece que el segundo de la izquierda...

Gardiner sacó un billete de a diez dólares y lo puso en la mano de la chica.

—Gracias —dijo, secamente.

Los reservados estaban en un primer piso, separados de la taberna. Gardiner subió los escalones de dos en dos y pronto alcanzó la puerta señalada por Blue.

Abrió. Algo pareció golpearle el pecho con fuerza.

Tommy Beacon estaba derrumbado sobre un diván, con el pecho lleno de sangre. Una espumilla rojiza manchaba sus labios, y su rostro, por contraste, parecía de cera.

Gardiner se dio cuenta de que el confidente respiraba todavía y se acercó a él.

—Tommy —llamó.

Los ojos de Beacon se abrieron y le miraron turbiamente.

—Hola... abogado... —jadeó—. Si venía a pedirme informes... sólo puedo darle un... un nombre... Chubbaut Taylor...

La cabeza de Beacon se dobló a un lado bruscamente. Gardiner comprendió que el confidente acababa de morir.

El hombre bajo, fuerte y ligeramente cojo le había asesinado, ya no cabía la menor duda. Y, seguro, usando una pistola con

silenciador, o el disparo se habría oído en la sala.

¿Por qué había tenido que morir Beacon?

Indudablemente, sabía demasiado. Pero ¿qué era lo que sabía?

Repuesto en parte de la sorpresa, Gardiner se acercó a la ventana del reservado. Parecía cerrada, pero sólo estaba entornada.

La abrió y se asomó al exterior. La ventana daba a un callejón. Apoyada en la pared, había una escalera de mano.

El asesino había usado aquel medio de evasión, una vez conseguido su objetivo. Para Gardiner, el asunto no ofrecía la menor duda: la muerte de Beacon había sido planeada con toda frialdad, atrayéndole con engaños al reservado y escapando luego por la ventana.

Pero el asesino había calculado mal los efectos de su único disparo. Beacon había sobrevivido lo suficientemente para pronunciar un nombre.

Y a Gardiner, aquel nombre no le resultaba desconocido.

El sargento Moorson dirigió una mirada reticente a su interlocutor.

—¿Por qué quiere conocer datos de Chubbaut Taylor, abogado?

—Oh —contestó Gardiner, con simulada indiferencia—, no tiene gran importancia. Alguien me habló de él y sentí curiosidad, eso es todo.

—¿No sería, por casualidad, Beacon el que le habló de Taylor? —preguntó Moorson, astutamente.

—¿Beacon? Vamos, sargento, estaba muerto cuando yo llegué al reservado. Menudo susto me llevé, créame.

—No lo dudo, pero ¿para qué quería ver a Beacon?

—Usted lo conocía bien. Vivía de facilitar informes. Yo necesitaba que me diera algunos de cierta persona.

—¿Taylor?

—No. Se trata de otra persona, cuyo nombre no me atrevo a citar. Secreto profesional, ¿entiende?

—Quisiera entenderle, abogado —dijo Moorson, sin pestañear—. Pero también sé que, si insisto, se escudará usted en ese secreto profesional, tan cómodo de citar en ocasiones.

—Justamente, sargento —contestó Gardiner, con plácido acento.

—Entonces, quiere saber quién es Taylor.

—Si puede decírmelo...

—Se lo diré en muy pocas palabras: es una serpiente de cascabel y un tigre rabioso, todo junto —describió Moorson, gráficamente.

CAPÍTULO IV

Gardiner se había visto obligado a llamar a la policía. No lo había hecho a gusto, pero no le quedaba otra opción. Blue Moon Hayard habría mencionado su nombre en los primeros interrogatorios, y ocultar su presencia en The Mill habría resultado todavía peor.

Para Gardiner no había ya dudas de ninguna clase: el asesino del confidente había sido el hombre bajo, fuerte y ligeramente cojo; el mismo que había tirado, o simulado tirar, contra Esther Sheant cuando ella se encontraba la víspera en su despacho. Ahora bien, ¿por qué había muerto Tommy Beacon?

El abogado no se sentía capaz de imaginarse los motivos de su asesinato. Sin embargo, era fácil hacerse una deducción: el asesino podría indicárselos.

Pero ¿quién era y dónde vivía el asesino?

El resto del día siguiente se lo pasó en estériles pesquisas. Cuando llegó la noche, estaba igual que al comienzo de la jornada.

Las perspectivas del tercer día no eran mejores.

Prácticamente, lo único que sabía era que Chubbaut Taylor era un hombre muy peligroso. Se preguntó si Blue Moon Hayard podría darle algún informe al respecto.

Sentíase indeciso, cuando su secretaria le pasó una llamada telefónica.

—Le llama un tal Euwie Murdock, señor Gardiner.

—¿Murdock? —se extrañó el abogado—. No lo conozco, pero, en fin...

Instantes después, escuchaba la voz de Murdock.

—Encantado de saludarle, señor Gardiner —dijo el individuo—. Soy el secretario del señor Larsane. Quizá le haya oído usted nombrar.

—Sí, un poco —admitió Gardiner, volublemente—. ¿Y bien,

señor Murdock?

—El señor Larsane desearía celebrar una entrevista con usted, hoy mismo, si le es posible. A las tres en punto.

—Un momento, consultaré mi agenda —mintió el abogado. Deliberadamente, dejó transcurrir treinta segundos.

Luego, dijo:

—Será a las tres y media; antes no me es posible señor Murdock.

Era preciso darse un poco de importancia ante un hombre importante, pensó.

—Perfectamente, señor Gardiner —aceptó Murdock—. Pero debo advertirle que la entrevista tendrá lugar en la residencia privada del señor Larsane. Está a veinticinco kilómetros de la ciudad...

Gardiner escuchó atentamente las explicaciones que el secretario de Larsane le daba para encontrar la residencia de su jefe. Al terminar, se despidió de su comunicante:

—Procuraré ser puntual, señor Murdock.

—Ha sido un placer entrar en contacto con usted, señor Gardiner —se despidió el individuo.

Los dedos de Gardiner tabalearon sobre la mesa al terminar la conversación telefónica. Sin saber, presentía que la entrevista con el prometido de Esther Sheant no iba a tener nada de apacible.

Pero antes, decidió, tras una rápida consulta al reloj, tenía tiempo sobrado de hacer una visita.

La chica comprobó a través de la mirilla la identidad de su visitante. Lanzó un «¡oh!» de asombro y se decidió a abrir.

—Tú aquí —exclamó Blue Moon Hayard.

Gardiner disparó la mejor de sus sonrisas.

—¿Te desagrada? —preguntó.

—No, aunque me asombra —confesó ella, a la vez que se echaba a un lado—. Pasa, por favor.

—Gracias, Blue. Tengo que pedirte algo —declaró Gardiner.

—¿Antes o después de una copa? —consultó Blue, con mirada incitante.

Gardiner estudió unos instantes la esbelta figura de la chica, que le había recibido vestida con una vaporosa negligée de color negro, contra la que resaltaban las líneas de un cuerpo dotado de innegables encantos anatómicos.

—Después de la copa —decidió, con amplia sonrisa.

—Tú no sabías mi domicilio —dijo Blue, mientras vertía licor en los vasos altos—. ¿Quién te lo ha indicado?

—Se lo pregunté a uno de los barmen. Le dije que estaba loco por Blue.

Ella rió suavemente, mientras añadía a las bebidas unos cubitos de hielo. Luego se acercó a su visitante y le entregó un vaso.

—Eres un encantador mentiroso —dijo—. Pero tus mentiras me agradan. Nick.

—Lo celebro infinito. A la salud de una hermosa muchacha —brindó él.

—Otra de tus mentiras —dijo Blue—. Bien, ¿qué me ibas a pedir, Nick?

—Una cosa muy sencilla. ¿Tú recuerdas al sujeto que se entrevistó con Tommy Beacon momentos antes de su muerte?

—Sí, es un tipo difícil de olvidar. ¿Por qué lo dices?

—Quiero hablar con él. ¿No puedes darme tú algún dato que me facilite su búsqueda?

Blue pareció concentrarse unos momentos.

—La verdad —dijo—, nunca le había visto por The Mill antes de aquel día. Claro que yo llevo poco tiempo en el local... Pero sí recuerdo que hubo alguien que le conocía. Al menos, eso me pareció a mí, Nick.

—Dime quién es, preciosa —rogó Gardiner, ansiosamente.

—Se trata de un tipo llamado *Dandy* Maine. Sé que *Dandy* habló con aquel cojo... Incluso habló y me pareció oírles hablar... *Dandy* le dijo algo como que encontraba raro verle en The Mill. El otro contestó con un gruñido, no muy contento de haberse encontrado con *Dandy*. Eso es todo lo que sé, Nick.

—El tal *Dandy* es un asiduo cliente de The Mill, ¿no es así?

Blue hizo un gesto de asentimiento. Gardiner sacó unos billetes y los puso en la mano de la chica.

—Hablaré con *Dandy* Maine, pero no le digas nada de nuestra entrevista —rogó.

—Descuida, Nick. ¿Otra copa? —sugirió Blue.

Gardiner pellizcó suavemente una de las tersas mejillas de la joven.

—No sabes cuánto me gustaría quedarme contigo el resto del día

—aseguró—, pero, desgraciadamente, no puede ser.

—Espero que vengas en otra ocasión con menos prisas —deseó Blue, lanzándole una mirada incendiaria.

—La próxima vez que vuelva, lo haré con el único adjetivo de dedicarme a contemplar tu belleza —promedió el abogado solemnemente.

Blue lanzó un suspiro capaz de partir las piedras.

—¡Que sea pronto, Nick! —le despidió.

El camino ascendía serpenteando por la fuerte ladera de una montaña de gran belleza, que dominaba el espléndido panorama del valle. Gardiner comprendió que resultaba lógico que Raymond Larsane hubiera elegido aquellos parajes para edificar su residencia campestre.

En el centro del valle, pero a varios kilómetros de distancia, había un lago que, visto desde la altura y dada la hora, parecía una lámina de cristal azul. Era un paisaje hechizante y a Gardiner le habría gustado disponer del dinero suficiente para imitar a Larsane en la edificación de una villa por los alrededores.

Casi de repente, le salió al paso una alta tapia, de sólida mampostería, coronada en toda su longitud por una espesa hilera de agudos pinchos de hierro, de más de cuarenta centímetros de longitud. Los pinchos estaban clavados en

zig-zag

y la separación entre ellos no era mayor de quince centímetros, lo que, unido a la altura de la tapia, formaba un obstáculo infranqueable por medios ordinarios.

La puerta no tenía claros. Estaba formada por una pesadísima plancha de acero, capaz de resistir el impacto de una pieza de mediano calibre. Gardiner se preguntó por qué un hombre como Larsane necesitaba la protección de una muralla semejante.

Paró el coche. Una voz, que surgía a través de un altoparlante, le preguntó por sus intenciones.

Gardiner dijo que estaba citado con el dueño de la casa. La voz manifestó que iba a consultar con el secretario.

Gardiner se puso un cigarrillo en la boca. Mientras lo encendía, divisó un disimulado objetivo de televisión en uno de los lados de la puerta. Fingió no haber reparado en ello y fumó tranquilamente,

hasta que la voz volvió a sonar y le anunció que el paso estaba libre.

El portón de acero se deslizó silenciosamente a un lado. Gardiner estaba seguro de que Larsane le había observado a través de un circuito cerrado de televisión. Puso en marcha el automóvil y avanzó a lo largo de un sendero enarenado, por lo que parecía un jardín de dimensiones inacabables.

Ochocientos metros más adelante, llegó a una explanada en la que había una casa de aspecto más bien anticuado. Divisó una extensa terraza y a dos hombres hablando en ella, junto a unos binoculares de gran potencia, situados sobre un trípode.

Gardiner se apeó del coche. Un hombre descendió corriendo la gran escalinata que daba acceso a la terraza.

—Soy Murdock —se presentó, con la sonrisa en los labios—. Bienvenido, abogado.

—Celebro conocerle en persona —dijo Gardiner—. Pero, me parece, el señor Larsane está ocupado —insinuó, mirando a los dos hombres que discutían en lo alto de la terraza.

—Oh, el señor Larsane terminará enseguida. ¿Quiere seguirme, por favor, señor Gardiner?

El visitante de Larsane se despedía en aquel momento. Gardiner le vio rojo de cólera.

—Está perdiendo el tiempo, señor Larsane —declaró, tajante—. Ya hemos hablado cuanto teníamos que hablar. No insista de nuevo, porque no le atenderé.

—En tal caso, Kenton, atégase a las consecuencias —dijo Larsane con voz que vibraba de cólera mal contenida.

Kenton descendió corriendo las escaleras, subió a su coche y partió a escape. Larsane pareció reparar entonces en el otro visitante.

—Le presento al abogado Gardiner, señor —dijo Murdock.

—Celebro conocerle, abogado —manifestó Larsane—. Tenga la bondad de venir aquí, se lo ruego.

Los dos hombres se estudiaron en silencio durante unos instantes. Gardiner vio que el dueño de la mansión era un sujeto alto, fornido, de frente demasiado amplia y nariz ganchuda. Contaba unos cuarenta años magníficamente llevados, todo había que decirlo.

Larsane hizo un gesto con la mano. Murdock lo: dejó solos.

—Seguro que estará preguntándose por los motivos de mi llamada, ¿no es así, abogado?

—Usted me los va a explicar enseguida, señor Larsane —contestó Gardiner en tono apacible.

—Sí, enseguida lo sabrá —convino el dueño de la casa, a la vez que aplicaba los ojos a los binoculares—. Usted conoce, creo, a mi prometida Esther Sheant.

—No tengo por qué negarlo y no es un delito conocer a una muchacha tan encantadora, señor Larsane.

—Indudablemente, abogado. Pero hay cosas en esa relación tan repentinamente entablada entre ambos, que me desagradan de un modo absoluto. Por eso deseo que tal relación quede cortada de un modo radical y definitivo. Para siempre, ¿me ha comprendido usted?

Gardiner no pestañeó siquiera.

—La señorita Sheant es mi cliente —dijo—. Sólo ella puede prescindir de mis servicios, señor Larsane.

—Y yo también, abogado. —La mano de Larsane señaló un paquete que había sobre una mesita cercana al lugar en que estaban los dos hombres—. Tome ese dinero, váyase de aquí y olvídese para siempre de mi prometida.

Hubo un momento de silencio. De pronto, Larsane dejó de mirar a través de los prismáticos y se volvió hacia el joven.

—¿Qué? ¿Rechaza mi oferta? —gritó, colérico—. Hay cinco mil dólares; más dinero del que usted ha visto en su vida...

Gardiner permanecía impasible.

—Señor Larsane —contestó—, antes le he dado una respuesta. Quisiera llevar a su convencimiento el hecho de que sólo la señorita Sheant es la única persona que puede prescindir de mis servicios.

Los ojos de Larsane emitieron un súbito brillo. Gardiner creyó que al hombre le iba a dar un ataque.

De pronto, antes de que Larsane pudiera decir algo, se oyó una voz en la casa:

—¡Raymond, hijo! ¿Dónde estás? Ven inmediatamente, ¿lo oyes?

CAPÍTULO V

Larsane echó a andar hacia la amplia cristalera que comunicaba el edificio con la terraza. Gardiner observó que caminaba a grandes zancadas, como si con ello quisiera descargar la furia que sentía.

Gardiner se quedó solo. Encendió un nuevo cigarrillo y, movido por la curiosidad, se acercó a los binoculares.

Su visión era distinta de la de Larsane, por lo que necesitó enfocarlos, aunque no los movió del objetivo a que estaban enfilados. Una tremenda sacudida agitó su cuerpo al captar la figura de una mujer en el campo visual de los binoculares.

Era Esther Sheant.

La muchacha estaba tendida en una terraza, sobre una estera de vivos colores, y tomaba el sol, vestida únicamente con un «dos piezas» de color blanco. Gardiner se sintió perplejo al observar la presencia de Esther a menos de dos kilómetros de la residencia de su prometido.

La casa estaba en otra de las laderas de la montaña y era más modesta que la de Larsane, aunque, evidentemente, había costado bastante dinero. Gardiner divisó una pequeña cúpula de metal plateado en uno de los ángulos del edificio, semejante a las de los observatorios astronómicos.

De pronto, oyó voces a sus espaldas y abandonó la observación. Giró en redondo y vio a Larsane que salía de la casa, acompañando a una mujer de pelo blanco, sentada en una silla de ruedas.

—Estoy cansada de decirte que debes romper con esa prójima, Raymond —decía la anciana en aquel momento—. Esther no es la mujer que te conviene...

—Mamá, yo sé lo que me hago —protestó Larsane con vehemencia.

—¿Tú? —rió ella agriamente—. Tienes cuarenta años, pero no eres más que un chiquillo. Esa fulana te embaucó...

—Mamá, por favor, yo quiero a Esther, ¿lo oyes? Y me casaré con ella, eso es todo.

—Sí, claro, y me abandonarás a mí, después de todos los sacrificios que he hecho por ti. —La anciana lloriqueó—. ¿Para qué traer hijos a este mundo, si luego lo pagan con el más feroz egoísmo?

—Por favor, mamá, te están observando...

La anciana suspendió sus quejas en el acto.

—¿Quién es ese hombre, hijo? —preguntó, curiosa.

—Gardiner, abogado —dijo Larsane—. Señor Gardiner, le presento a la señora Larsane, mi madre.

El joven hizo una inclinación de cabeza.

—Encantado, señora —saludó cortésmente.

Ella le miró de hito en hito.

—Otro abogado, ¿eh? —rezongó—. El día se ha metido hoy en picapleitos. Antes Abel Kenton, ahora...

Algo llegó a la mente de Gardiner. El nombre de Abel Kenton le sonaba. Alguna vez habían coincidido en los pasillos del Palacio de Justicia, aunque, hasta el momento, no habían tenido tratos en común.

—Usted, ¿a qué ha venido a mi casa, joven? —preguntó súbitamente Ethel Larsane.

—A darme el gusto de conocer a la anciana más bella y simpática que he visto en los días de mi vida, señora —contestó Gardiner con la mejor de sus sonrisas.

—Hola —dijo la señora Larsane—. Adulador y todo, ¿eh? Joven, usted no es de fiar; esas palabras debe guardarlas para las chicas de su edad y no para los vejestorios como yo.

Gardiner se sentía muy divertido. Con el rabillo del ojo pudo apreciar que a Larsane se lo llevaban los demonios.

—¿Es que los supuestos «vejestorios» no merecen palabras de elogio? —contestó—. Para mí, señora, la belleza no es cuestión de edad.

—Es la primera vez que en muchos meses que oigo aquí unas palabras sensatas —aseguró Ethel—. Joven, me agradecería verle por mi casa con más frecuencia.

—Si mis obligaciones me lo permiten, acudiré siempre que usted me llame, señora. —Gardiner se inclinó, tomó la mano de la

anciana y la besó galantemente—. Y ahora, aun lamentándolo infinito, me veo obligado a prescindir de la contemplación de una dama a la que los años, sin restar un ápice de su belleza, han conferido una serenidad y un equilibrio de espíritu inigualables. Adiós, señora Larsane.

La mujer carraspeó.

—Acompáñalo, hijo —indicó.

—Sí, mamá.

Los dos hombres descendieron juntos la escalinata.

—No lo olvide usted: deje a Esther en paz o le pesará —dijo Larsane en voz baja.

—¿No es usted quien debe hacerlo? —rió el abogado—. Obedezca a su madre, es lo mejor que debe hacer.

La cara de Larsane adquirió un pronunciado tono escarlata. Fue a decir algo, pero el joven abrió ya la portezuela de su automóvil.

Antes de sentarse tras el volante, agitó la mano. Ethel le contestó con un gesto parecido.

Gardiner arrancó, satisfecho en cierto modo de su gestión. Ya sabía que Larsane era su enemigo, pero tenía o su madre como aliada.

Y, por lo poco que había podido apreciar, en aquella casa, la voluntad de Ethel Larsane era ley.

«Conviene tenerlo muy en cuenta para lo sucesivo», se dijo.

Dandy Maine merecía sobradamente el apodo. Vestía con exagerada elegancia y llevaba el pelo peinado con simulado descuido. Constantemente se acariciaba la seda de su corbata italiana con la mano izquierda, en la que lucía el solitario de un brillante de buen tamaño.

Gardiner no estaba seguro de que el brillante fuese legítimo. Pero *Dandy* lo ostentaba como si lo fuese.

En aquellos momentos, *Dandy* hablaba afectadamente con una chica. Gardiner aguardó a que el sujeto hubiese terminado la conversación, que, por su parte, tenía matices displicentes, casi despreciativos, mientras que por la parte de ella parecía suplicante.

Dandy acabó volviéndole la espalda. Gardiner catalogó en el acto al sujeto. Le inspiró repugnancia, pero no estaba en The Mill para hacerse su amigo.

Cuando Maine se quedó solo, se acercó a él y le ofreció un cigarrillo.

—Quiero hablar con usted, Maine —dijo.

Dandy le miró suspicazmente.

—¿Asunto?

—Informes. Bien pagados —contestó Gardiner, yendo directo al grano.

—¿Cuánto?

Había codicia en la voz de Maine. Se notaba en el acto.

—¿Cincuenta? —sugirió Gardiner.

—Es poco. Dígame de qué se trata y yo fijaré el precio.

—Es más bajo que usted, muy fornido y cojea ligeramente.

Los ojos de *Dandy* se entrecerraron.

—¿Policía? —dijo a media voz.

—¿Le ha ofrecido un policía alguna vez cincuenta dólares? —rió Gardiner.

—Tiene usted razón —convino Maine—. Doscientos, amigo.

Gardiner sacó un impresionante rollo de billetes.

—Hable —invitó sobriamente.

—Reel Albertyne —declaró Maine—. Tiene un apodo: Deathshot.

Gardiner se estremeció.

—Tiro Mortal —dijo.

—Justamente —concordó Maine—. Bien, ahora suelte la pasta...

—Falta un detalle, su domicilio, *Dandy*.

Maine lo facilitó también. Gardiner abandonó The Mill muy satisfecho por los datos conseguidos, aunque, lamentándose, en su fuero interno, de no poder dedicar unos minutos a la hermosa Blue Moon Hayard, cuyas miradas incendiarias no había podido por menos de captar.

Apenas hubo salido, Maine se dirigió al teléfono. Marcó un número y esperó a que se hubiera establecido la comunicación.

Alguien habló brevemente al otro lado de la línea:

—¿Sí?

—Reel, soy *Dandy*. Hay un tipo que se dirige ahora hacia tu casa.

—¿Policía?

—No lo creo. Pero juraría que no va para tomar unas copas

contigo.

—Entiendo. Gracias, *Dandy*; lo recibiré como se merece.

—Suerte, Reel.

—Ah, una cosa, *Dandy*.

—Dime, Reel.

—Creo que sería conveniente que, para lo sucesivo, empezases a olvidarte de mi dirección y de mi teléfono. No quiero que te ganes más dólares a mi cuenta, ¿estamos?

—Pero, Reel —protestó Maine virtuosamente—, ¿cómo supones que yo...?

—Es un consejo sincero. No dejes de tenerlo en cuenta, *Dandy*. Adiós.

La comunicación se cortó bruscamente. Maine contempló el teléfono unos instantes y luego lo volvió a su sitio, a la vez que se encogía de hombros.

—Encima de que le aviso... —masculló—. Está visto que en este mundo no hay más que gente desagradecida.

En su casa, con las ventanas protegidas convenientemente por persianas y cortinas, Albertyne sacó una pistola y, tras examinarla con toda atención, le acopló un silenciador último modelo. Comparados con los que se hacían con aquel aparato, los silenciadores antiguos producían más ruido que un cañonazo del 75.

El arma, por otra parte, era especial, fabricada por un armero conocido de Albertyne y de media pulgada de calibre, con evacuador de gases para evitar los violentos movimientos de retroceso al hacer un disparo. Albertyne sabía que con aquella pistola podía derribar a un bisonte al primer tiro.

Puntería no le fallaba, precisamente.

Una vez hubo terminado de revisar el arma, se sentó en un sillón, frente a la puerta, y dejó pasar el tiempo, en paciente espera de la llegada del visitante anunciado por su informador.

Las intenciones de Gardiner no eran tan claras como pensaba Albertyne. El asesino se hubiera quedado muy sorprendido de haber sabido que Gardiner sospechaba de Maine.

Gardiner no tenía ninguna confianza en el petulante sujeto. Maine no era el pobre Beacon. Por eso, se había rezagado ligeramente, situándose en el exterior tras una ventana, desde la

cual había visto a Maine dirigirse al teléfono.

Después de esto, deducir las intenciones de Maine no había sido precisamente empresa de gran envergadura mental. Hasta el más tonto hubiera supuesto lo que pretendía hacer *Dandy*.

CAPÍTULO VI

La cabeza de Albertyne se dobló sobre su pecho. El asesino se despertó bruscamente.

Sobresaltado, consultó su reloj. Eran ya más de las dos.

Frunció el ceño. ¿No habría sido una falsa alarma por parte de Maine, tal vez ansioso de divertirse a su costa?

Sacudió la cabeza. La pistola estaba a su lado, sobre una mesita. Resultaba demasiado grande para llevarla bajo la chaqueta continuamente. Además, de este modo, podría emplearla con mayor rapidez.

Bostezó, sin poder contenerse. Si aquel condenado Maine había querido gastarle una broma, cuando le viese la próxima vez, le iba a quitar para años las ganas de diversión.

Sentado en el sillón, estiró las piernas. El sueño volvía a vencerle.

Transcurrieron unos minutos. El mundo desapareció de los ojos de Albertyne.

Casi de pronto, se dio cuenta de que se había quedado profundamente dormido. «Tendré que hacerme una taza de café», pensó, a la vez que se ponía en pie de un salto.

Albertyne giró sobre sus talones y entonces fue cuando se encontró cara a cara con su visitante, que sonreía apaciblemente.

La mano del asesino se apoderó de la pistola con rapidez.

—No se mueva —ordenó hoscamente.

Gardiner continuaba sonriendo.

—¿Quién le pagó por matar a Tommy Beacon? —preguntó.

—No sé de qué me está hablando. ¿Quién es usted?

—Nick Gardiner, abogado y sociólogo. ¿No esperaba mi visita? Éstas no son horas para estar levantado, Albertyne.

Los ojos del asesino se entrecerraron.

—Dígame, ¿qué es lo que persigue usted? —inquirió.

—Quién está mejor dicho. Le persigo a usted.

—¿Por qué motivos?

—¿Le parecen pocos la muerte de Beacon? ¿Qué me cuenta de los dos disparos que hizo contra mi despacho, cuando estaba conversando con una cliente?

—No tiré a matar. Si hubiera querido, usted no estaría ahora hablando conmigo.

—Ya me lo imagino. Lo supe después del segundo disparo. Quien emplea un rifle con mira telescópica y silenciador, suele ser, como usted, un tipo competente en su profesión. Sólo se trató de un acto intimidatorio... ¡Pero la muerte de Beacon no lo fue!

Albertyne se encogió de hombros.

—No puede probar que lo hiciera yo —dijo.

—No me interesa —respondió Gardiner fríamente—. Sólo quiero que me diga quién le pagó por matar a Beacon.

El asesino sonrió con expresión burlona.

—¿Me cree capaz de traicionar a mis «clientes»? —preguntó.

En lugar de contestar, Gardiner empezó a pasearse tranquilamente por la sala, a la vez que examinaba la decoración con detenimiento. Albertyne, ligeramente desconcertado, giraba sobre sus talones, sin dejar de apuntarle con el arma.

—La residencia adecuada para un asesino profesional —dijo Gardiner—. Sencilla, nada lujosa, pero cómoda y acogedora y, además, situada en un barrio discreto de la ciudad. Seguramente, sus vecinos le tienen a usted como un hombre cortés, pacífico y amante de los niños.

—Soy muy bien considerado en este barrio, efectivamente —declaró Albertyne con orgullo.

—Ya me lo imagino. Oiga, usted, como asesino profesional, ¿no ha cometido jamás un error?

—Nunca, nunca fallo —contestó Albertyne enfáticamente.

—Salvo esta noche —dijo Gardiner.

Hubo un corto intervalo de silencio, mientras Albertyne trataba de desentrañar el significado de las últimas palabras de su visitante.

—Sí —continuó Gardiner—, porque usted esperaba que yo viniera a visitarle a poco de que Maine le hubiera avisado. Pero, naturalmente, nunca se debe actuar como el adversario espera que se actúe. Por eso he dejado pasar las horas, primero, para ponerle

un poco nervioso, viendo que yo me retrasaba. Después, se cansó de esperar y hasta llegó a dormirse.

—No se ve luz desde el exterior. Usted pudo suponer que yo estaba fuera de casa.

—¿Qué me dice del coche estacionado ahí al lado? —sonrió Gardiner.

El poderoso tórax de Albertyne se dilató enormemente.

—Acabemos de una vez —dijo—. ¿Qué es lo que quiere usted?

—Ya lo expresé a mi llegada: deseo saber el nombre de la persona que le pagó por matar a Beacon. Obviamente, es la misma que amenazó a mi cliente, aquella dama que estaba en mi despacho cuando usted gastó dos cartuchos de fusil. Eso es lo que quiero, Albertyne.

—Pierde el tiempo. No se lo diré y, además, no lo sabrá jamás.

—¿Por qué, Albertyne?

—Voy a matarle —dijo el asesino fríamente—. No puedo correr el riesgo de que me descubra.

Gardiner se echó a reír. Metió la mano en el bolsillo y sacó cinco cartuchos.

—¿Por qué se cree que esperé tanto tiempo ahí afuera? Usted se durmió y ello no sólo me permitió entrar en la casa sin ser advertido, sino descargar su pistola.

Albertyne lanzó un rugido de rabia, a la vez que... apretaba el gatillo un par de veces. Luego, al ver que el arma no funcionaba, la tiró a un lado y se abalanzó sobre su visitante.

Gardiner ya esperaba una reacción semejante y esperó a pie firme la acometida de su contrincante. Antes de que Albertyne pudiera darse cuenta de lo que le sucedía, se encontró con el brazo derecho a la espalda.

Un gemido de agonía brotó de sus labios. Gardiner apretó sin compasión. Se oyó un crujido de huesos.

—Pronuncie usted el nombre que le pido o le romperé los brazos y las piernas sucesivamente —dijo el abogado sin piedad.

—No... no hablaré...

Gotas de sudor corrieron por la frente de Albertyne. Gardiner acentuó el efecto de torsión.

—Todavía le quedan otro brazo y dos piernas... y puedo seguir rompiéndole cosas en su cuerpo hasta que hable —dijo.

Los seres como Albertyne, que mataban por dinero, corrientemente sin conocer siquiera a sus víctimas ni siquiera tener el menor motivo contra ellas, no merecían compasión, se dijo el abogado.

El dolor se tornó insufrible. Albertyne ya lo veía todo rojo.

Cedió.

—Chubbaut Taylor... —jadeó.

—¿Le dio alguna explicación de por qué deseaba la muerte de Beacon?

—No... no me dijo nada... Solo... me lo ordenó...

—Y le pagó, naturalmente.

Albertyne asintió en silencio. Gardiner le empujó, lanzándolo contra el diván.

—Casi me imaginaba que podía ser Taylor, pero quería que usted me lo confirmase. El propio Taylor me explicará cosas que usted ignora —dijo Gardiner, a la vez que se agachaba para recoger el arma caída en el suelo—. Una pistola muy curiosa; me la llevo —declaró.

Albertyne apenas si podía hablar. Todavía tenía los ojos nublados a causa del dolor.

El visitante se alejó hacia la puerta trasera. La vista de Albertyne estaba fija en una consola, en uno de cuyos cajones guardaba un pequeño revólver.

Haría ruido... pero la policía consideraría a Gardiner como un ladrón. Se había defendido de un atacante nocturno, declararía.

Inesperadamente, se puso en pie y saltó hacia la consola. Un rugido de rabia brotó de sus labios.

—¡Gardiner! —aulló, a la vez que su mano hurgaba frenéticamente en el cajón.

En lugar de hojas de madera, la puerta que comunicaba la sala con el resto de la casa, tenía unas cortinas de terciopelo. Las cortinas se apartaron ligeramente, a la vez que Albertyne se volvía hacia allí.

—¿Me llamaba? —preguntó Gardiner sonriendo, a la vez que apretaba el gatillo del arma.

Albertyne pegó un tremendo salto. La bala le atravesó el pecho y salió por la espalda, junto con un grueso surtidor de líquido rojo. El mismo impacto del pesado proyectil de

12,7 mm

lo derribó inapelablemente al suelo.

Gardiner se acercó al caído, en cuya cara había ahora una tonalidad cerúlea. Los ojos de Albertyne expresaban claramente la inminencia de la muerte.

—¿Me creyó tan tonto como para no cargar el arma? —preguntó Gardiner.

Albertyne fue a decir algo, pero, en el mismo instante, el *shock* de la muerte lo venció y su cabeza se dobló a un lado.

—Los asesinos profesionales nunca llegan a viejos —dijo Gardiner, a modo de epitafio.

La reproducción del cuadro llegó al fin.

Terry Crown había hecho un buen trabajo. Salvo el relieve de las pinceladas del artista sobre la tela, la fidelidad al original era absoluta.

Era evidente que Grammont había pintado el cuadro en dos etapas, una de ellas en su propio estudio y la otra en el campo. Esther se hallaba lánguidamente tendida sobre un césped esmaltado de florecillas, con un fondo de álamos junto al río, en el dorado atardecer de un día de verano.

Primero, había pintado a la joven en su propio estudio. Luego había tomado infinidad de apuntes y realizado numerosos bocetos, antes de ejecutar el fondo de la composición.

Los velos no ocultaban, pero tampoco permitían ver por completo el cuerpo femenino. Era una hábil insinuación de la belleza femenina, sin llegar al desnudo total. Su efecto artístico era aún mayor que si Esther hubiera posado sin velos.

La pintura tenía, evidentemente, una nota clásica, pero, dentro de ellos, resultaba de una gran originalidad, con una ausencia total de manierismo. Tal vez, pensó Gardiner, medianamente entendido en arte, se podía achacar al autor cierta influencia de los impresionistas franceses, pero de lo que no se podía negar era del estilo propio de Grammont, vigoroso e inconfundible.

Bien, la clave estaba allí, en el cuadro. Ahora sólo faltaba encontrarla, acaso con la ayuda de una potente lupa.

Entonces fue cuando llamaron a la puerta.

CAPÍTULO VII

Era el original vivo del cuadro.

Los ojos de Gardiner brillaron de placer al reconocer a su hermosa visitante.

—Pase —invitó—. Precisamente me disponía a iniciar mi trabajo de buscador de claves.

Esther reparó en la reproducción de la fotografía, colgada de la pared. El cuadro medía

1,60 X

0,95.

—Una copia perfecta —elogió.

—Mi amigo ha hecho un buen trabajo —declaró Gardiner—. ¿Quiere tomar algo, señorita Sheant?

Esther denegó con un leve movimiento de cabeza. Se situó frente al cuadro y lo contempló durante unos instantes.

—¿Qué le parece? —preguntó al cabo.

—¿Sobre qué debo opinar? —sonrió Gardiner—. ¿En: sentido artístico o en el moral?

—En el moral —puntualizó Esther.

—El arte puro, con o sin velos, no es nunca inmoral.

—Algunos no lo quieren ver así —dijo ella.

—Como, por ejemplo, Raymond Larsane.

—Justamente. —Esther dio media vuelta y se apoyó en la pared, situándose junto al cuadro—. Es terriblemente puritano, señor Gardiner.

—Por influencia, tal vez, de su madre.

Esther hizo un leve pestañeo de asentimiento.

—Ella lo tiene dominado por completo —manifestó.

—Lo sé. Tuve ocasión de comprobarlo personalmente el otro día.

—¡Cómo! ¿Ha estado en casa de mi prometido? —se asombró la chica.

—Larsane me llamó. Ofrecía cinco mil dólares por cortar toda relación con usted.

—Es típico de él. Raymond es muy absorbente.

—Pero también es un pelele o poco menos en manos de su madre.

—Ethel Larsane, en efecto, es muy autoritaria. Yo no le gusto, no la he agradado nunca.

—A causa, tal vez, del cuadro.

Esther rió amargamente.

—No soy la clase de mujer destinada a colaborar con Raymond en la perpetuación del apellido Larsane —declaró.

—Según su madre, claro.

—A veces, él también lo piensa así, abogado.

—Entonces, ¿por qué quiere casarse con usted, Esther, si me permite llamarla así? —se asombró Gardiner.

—Míreme bien, abogado. Usted mismo encontrará la respuesta a esa pregunta.

Gardiner suspiró.

—Sí, tengo la respuesta delante de mí —dijo—. Es usted increíblemente bella, pero... ¿cómo una mujer de su clase y de su estilo accede a casarse con un tipo de las características de Larsane?

—Él quiere belleza, y yo quiero dinero.

Era una respuesta tajante.

—Sí, sobre todo, si se tiene en cuenta que el otro día dejó su cuenta corriente casi a cero —comentó el abogado.

—¿Cómo lo sabe usted? —preguntó Esther, intrigada.

—Mi deber es estar enterado de las peculiaridades de mis clientes —sonrió Gardiner—. Pero, en fin, si usted quiere la fortuna que Larsane puede proporcionarle, no seré yo quien se lo reproche. Cada uno es dueño de sus actos. Y responsable, además.

—Filósofo está usted —dijo Esther con soma—. Volvamos a lo nuestro. ¿Qué ha conseguido usted hasta ahora?

—En el cuadro, nada. Me disponía a empezar a examinarlo con esta lupa que usted ve en mi mano para tratar de encontrar la clave.

—¿Me permite que lo haga yo? —rogó ella.

—No hay objeción, Esther.

La chica tomó la lupa y empezó a examinar el cuadro, situado a altura conveniente para hacerlo sin incomodidades. Gardiner

encendió un cigarrillo.

—Esther —dijo de pronto.

—¿Sí? —contestó ella.

—¿Puedo hacerle una pregunta?

—Claro. Hable sin temor, Nick.

—El otro día estaba usted en casa de Grammont. Yo la vi desde la terraza de su prometido. Larsane tenía unos prismáticos enfocados hacia allí.

—La casa de Grammont me pertenece. Me la legó en su testamento.

—¡Oh, ya comprendo! Por lo visto, Grammont era aficionado a la astronomía, creo.

—Sí, le gustaba observar las estrellas por las noches. Hay allí un buen telescopio.

—Era un artista completo —suspiró Gardiner—. Bien, ¿encuentra algo de particular, Esther?

La muchacha se volvió hacia él. Fue a hablar, pero el timbre de la puerta se lo impidió.

—Perdone un momento —rogó Gardiner.

—Espere —susurró Esther—. No quiero que me vean aquí.

Gardiner asintió con la cabeza. Ella dejó la lupa, recogió su bolso y echó a correr hacia una de las habitaciones interiores. La entrevista tenía lugar en el domicilio privado del abogado, quien había juzgado más conveniente situar el cuadro allí y no en su oficina.

Una vez se hubo escondido la muchacha, Gardiner cruzó la sala y abrió la puerta. La maciza y autoritaria figura de Larsane apareció en el acto ante sus ojos.

Larsane no venía solo. Le acompañaban dos sujetos de complexión todavía más fuerte que la suya. Guardaespaldas, dedujo Gardiner en el acto.

—Hola —saludó Larsane, secamente.

—¿Puedo servirle en algo? —sonrió Gardiner.

Larsane le apartó bruscamente con la mano y entró a grandes zancadas, deteniéndose ante el cuadro.

—Jack, corta eso por los bordes y enróllalo —ordenó.

Uno de los gorilas avanzó hacia el cuadro. Gardiner intentó protestar.

—Eh, ustedes no pueden hacer eso —dijo.

El otro guardaespaldas había cerrado ya la puerta. Sacó una pistola y apuntó con ella a Gardiner.

—Será mejor que no se mueva —indicó.

Gardiner apretó los puños.

—Larsane, ¿cree que el dinero lo puede todo? —preguntó.

—En mi caso y en estas circunstancias, sí —respondió secamente el interpelado.

El otro gorila estaba muy ocupado en cortar la reproducción fotográfica por medio de una navaja muy afilada, que pasaba junto a la sencilla montura que daba rigidez al conjunto. Fue una operación que estuvo terminada en pocos minutos.

Acto seguido, el sujeto enrolló la tela, pues la reproducción había sido hecha sobre una tela especial, sonable a los rayos luminosos, y la sujetó con un par de gomitas.

—Listo, señor —anunció respetuosamente.

Larsane se volvió hacia el abogado y le tiró a la cara unos billetes.

—No quiero que diga que gastó su dinero en balde —dijo con acento ofensivo.

Gardiner dejó que los billetes revoloteasen por el aire.

—Usted quiere que yo no diga eso, pero no podrá evitar que diga que esto que ha hecho es una orden de su madre —habló cortantemente.

Larsane avanzó hacia él hecho una furia.

—¡No hable así o le patearé las tripas! —chilló, descompuesto.

—Cuidado —advirtió Gardiner con frialdad—. Puede hablar, gritar, amenazar todo lo que quiera, pero si me toca el pelo de la ropa, ni esos dos gorilas serán suficientes para evitar que le convierta los huesos en pulpa. Ya tiene lo que vino a buscar, así que lárguese.

Larsane inspiró con fuerza. La respuesta del abogado no había dejado de causarle impresión.

—Sí, será mejor —convino despectivamente—. Vámonos, muchachos.

Momentos después, Gardiner se quedaba solo. Recogió los billetes y los dejó sobre una mesa.

Esther apareció instantes más tarde.

—¿Cree que él se ha dado cuenta de mi presencia aquí? —preguntó, aprensiva.

—A menos que se le haya ocurrido olfatear la atmósfera, no —contestó Gardiner—. Pero no me parece tan sutil.

—Sí, tiene usted razón —convino ella—. Sin embargo, me preocupa.

—¿Por haberse llevado la reproducción de la fotografía? —rió el abogado—. Eso no tiene importancia alguna. Aunque ampliásemos el negativo al doble de tamaño de la reproducción que él tiene ahora en su poder, tampoco conseguiríamos nada.

Esther se mostró extrañada de aquella respuesta.

—¿Por qué dice usted eso? —quiso saber.

—La clave está en el original y no en ninguna otra parte, por muy perfecta que se haga la copia —dijo Gardiner rotundamente—. Pero no sabemos dónde escondió Grammont el original.

—No, no lo sabemos —admitió Esther.

—Por tanto, no podemos hacer nada hasta que no encontremos ese original. Lo siento mucho, pero es así.

—Le comprendo, Nick. Bien, creo que debo irme.

—Aguarde un momento.

Esther le miró extrañada. Gardiner abrió su bolso y puso en su interior unos billetes.

—Quédese los —indicó.

—No me gustan las limosnas —dijo ella con voz tensa.

—Este dinero me lo tiró a la cara su prometido, el hombre al cual va a soportar usted cualquier indignidad, sólo por disfrutar de su fortuna.

—Usted no me entiende...

—La entiendo demasiado —cortó Gardiner—. En este mundo todos somos capaces de hacer todo por dinero.

La cara de Esther estaba completamente blanca. Fue a decir algo, pero se lo pensó mejor y se dirigió hacia la puerta con vivo taconeo.

—He oído su nombre en alguna ocasión, aunque, hasta ahora, no había tenido el gusto de conocerle personalmente, señor Gardiner —manifestó Abel Kenton, a la vez que tendía la mano hacia su visitante.

—Estamos en el mismo caso —dijo Gardiner—. Confío en no

haberle interferido gravemente sus ocupaciones.

—No se preocupe, colega. ¿En qué puedo servirle? —Quizá le resulte desagradable, pero, usted sabe, en nuestra profesión, los momentos desagradables no son infrecuentes. El otro día le vi a usted hablando con Raymond Larsane.

—Ah, sí, un tipo repugnante —calificó Kenton—. Desgraciadamente, tengo quince años más que él, veinte kilos menos de peso y me pasa medio palmo de estatura.

—Es suficiente —rió Gardiner—. Usted le hubiera aplastado las narices de muy buena gana.

—No lo dude, pero ¿ha venido a verme solo con motivo de aquella discusión?

—En el fondo, así es. Tengo una cliente, Esther Sheant, y me ha encargado determinadas gestiones, más o menos relacionadas con Larsane. Como le vi discutir con él hace días, es por ello...

Kenton se echó hacia atrás en su asiento.

—De modo que Esther le ha contratado a usted —dijo.

—Así se podría denominar nuestra relación, colega —admitió Gardiner.

—¿Puedo conocer los motivos de tal relación?

—La muerte de Grammont. Ella asegura no se debió a un accidente.

Kenton asintió con lentos movimientos de cabeza.

—Yo también lo sospecho así —contestó—. Pero, en todo caso, fue un asesinato muy bien planeado. No se ha podido probar la intencionalidad del hecho.

—Parece ser que Esther quiere conseguirlo. Señor Kenton, me gustaría conocer los motivos de su discusión con Raymond Larsane.

—Es bien sencillo. Yo soy el tutor legal de Esther, por designación directa y, ante testigos, de su padre. Ésa tutoría debe durar hasta que ella contraiga matrimonio, lo cual no debe suceder antes de los veinticinco años, si yo no apruebo a su futuro esposo. Y no apruebo el matrimonio de Esther con Larsane.

—Oh —dijo Gardiner, vivamente sorprendido por aquellas palabras—. Es decir que, por ahora, Esther no se puede casar con Larsane.

—A menos que renuncie a la fortuna que dejó su padre, claro.

—¿Una fortuna?

—Sí, de gran valor, aunque el difunto no indicó específicamente su cuantía ni su composición, es decir, fondos bancarios, cuentas corrientes, bonos del Tesoro, bienes inmuebles... Lo único que puedo decirle, y ello en base a suposiciones propias, pero no confirmadas por datos precisos, es que tal fortuna alcanza a los dos millones de dólares.

Gardiner se quedó con la boca abierta al escuchar la cifra.

—Es una cantidad enorme —calificó.

—Sí, claro —sonrió Kenton.

—Y, me parece, Larsane lo sabe.

—Sí.

—¿Y ella?

—En cierto modo, sospecha algo, pero aún sabe menos que yo. Sólo sabe que su padre dejó dinero, pero no cuánto ni dónde.

Gardiner empezó a pensar en la clave situada en el cuadro.

—¿Hace mucho que murió el padre de Esther? —preguntó.

—Unos dos años, en el penal de San Quintín —respondió el otro abogado—. Cumplía condena a perpetuidad por robo y asesinato.

Gardiner salió de la casa donde Kenton tenía su bufete, notablemente asombrado por los informes que acababa de recibir. Kenton había añadido algunos datos más, entre ellos, el que Gardiner juzgó de cierta importancia: Grammont había sido gran amigo del padre de Esther y su albacea testamentario.

Ya no cabía la menor duda de que Grammont sabía el lugar donde se hallaba escondida la herencia de Esther. Quizá había muerto por ello... pero una cosa era segura: lo había indicado en clave en su famoso cuadro.

La cuestión, por tanto, estriba en encontrar el cuadro. Una vez tuviese el original en sus manos, para Gardiner no resultaría problema alguno hallar la clave.

—Aunque luego, tal vez, descifrarla no resultase tan fácil como pienso —se dijo, al mismo tiempo que se le acercaba un individuo y le señalaba un coche parado junto a la acera.

—Señor Gardiner, ese vehículo va a llevarle ahora mismo a la residencia de Chubbaut Taylor —manifestó el sujeto, cuya mano derecha estaba metida de modo inequívoco en el bolsillo de su chaqueta—. Para todos será mejor que no oponga resistencia. ¿Ha comprendido lo que quiero decirle?

Gardiner miró al sujeto, fijó luego la vista en los dos hombres de rostro de piedra que había dentro del coche y acabó por asentir:

—Soy un hombre que comprende las cosas inmediatamente, a la menor insinuación que me hacen —dijo.

CAPÍTULO VIII

Chubbaut Taylor estaba sentado al borde de una piscina, con un vaso alto en las manos. Tenía puestas unas gafas negras y una lámpara de rayos ultravioleta encarada a su cuerpo, porque la piscina era cubierta y el sol no llegaba a su interior.

El agua humeaba ligeramente, lo que indicó a Gardiner que su temperatura debía de rondar los 25 grados o tal vez más. Al abogado le impresionó considerablemente aquella demostración de fastuosidad, que indicaba una saneada cuenta bancaria.

—Perdone que le reciba aquí, abogado —dijo Taylor, alargándole una mano sin gran entusiasmo—. Soy muy propenso a los resfriados, y el tiempo para mí no es aún demasiado bueno.

—Comprendo —dijo Gardiner.

Taylor hizo un gesto con la mano. Uno de sus esbirros llenó un vaso y se lo ofreció al forzado visitante.

—Tenía ganas de conocerle, abogado —manifestó Taylor.

—El interés era recíproco —dijo Gardiner.

—Sí, ya me lo imagino. Pero yo tenía aún más interés que usted. Los hombres a quienes vapuleó la semana pasada no son precisamente unos pesos moscas.

—El coraje de ver la casa propia invadida, duplica siempre las fuerzas.

—Eso no es todo. Usted es un buen gimnasta. ¿Dónde practica?

—En el ejército me enseñaron algo. Luego hago un par de sesiones de entrenamiento por semana. Mi profesión es muy sedentaria y no me gusta que mis músculos se me oxiden.

—Un deseo muy lógico. Gardiner, ¿qué ha averiguado de la clave? —preguntó Taylor de repente.

—Yo debería decir ahora que no tengo la menor idea de lo que me pregunta, pero no le voy a hacer la ofensa de no imaginarme que está muy bien enterado de mis pasos —declaró Gardiner

apaciblemente—. Ahora bien, no le puedo decir algo que ignoro por completo, y ésta sí es una verdad irrefutable.

—¿Seguro, abogado? —dudó Taylor, muy interesado, al parecer, en contemplar al trasluz el contenido de su *high-ball*.

—Yo no puedo influir en su mente. Creer o no en mi respuesta, es cosa suya exclusivamente.

—Sí, tiene razón. De todas formas y como primera entrevista, no me puedo quejar. Pero me va a permitir darle un consejo, abogado.

—Adelante, señor Taylor.

—Apártese de la chica, usted ya sabe a quién me refiero. Éste es un asunto que puede quemarle a usted como una polilla se quema en la llama de un mechero. Hágame caso y dormirá mejor por las noches... las noches de setenta u ochenta años más.

—Eso no es lo que le dije usted a Deathshot Albertyne con respecto a Beacon. Ni tampoco al que desajustó los frenos del coche de Thackeray Grammont.

Taylor apuró su vaso y se lo entregó a Hookie, quien se dispuso a llenarlo en medio de un profundo silencio.

—Abogado, creo que ha metido la nariz demasiado en este caso llameante —dijo.

—Parece que eso le molesta —comentó Gardiner sin inmutarse.

—Mucho más de lo que usted cree...

—¿Por qué ordenó matar a Beacon?

Taylor se puso en pie de un salto. Se quitó las gafas oscuras y las arrojó coléricamente a un lado. Era un hombre de buena planta, pero la escasa indumentaria que vestía mostraba una irremediable propensión a la obesidad.

—Mis chicos van a tener que darle una lección —dijo, furioso.

Hookie sacó una pistola.

—¿Empiezo ya, jefe? —preguntó truculentamente.

La mano de Gardiner actuó con increíble rapidez. Fue un golpe violentísimo que no sólo desvió el brazo de Hookie, sino que hizo que su dedo índice se contrajera involuntariamente.

El arma no tenía puesto el seguro y se disparó. Bajo la bóveda del local, el estampido sonó como un cañonazo.

Sonó un agudo grito de dolor. Uno de los guardaespaldas de Taylor se llevó ambas manos al pecho, dio unos traspiés y acabó

cayendo a la piscina con gran alboroto de espumas.

Hookie parecía anonadado. Gardiner lo agarró por el cuello de la chaqueta y el fondillo de los pantalones lo lanzó también al agua.

Taylor, aterrado, retrocedió un paso. Gardiner alzó el pie y le golpeó en su blando estómago. Taylor chilló, braceó un poco y acabó por caer también a la piscina.

En aquel momento, atraído por la detonación, entraba uno de los pistoleros que habían acompañado al joven hasta la residencia de Taylor. Gardiner agarró la tumbona y la arrojó resbalando hacia adelante.

El pistolero tropezó con el mueble y cayó de bruces.

Sus narices golpearon contra el duro suelo de cemento. Un aullido de dolor brotó de sus labios.

Gardiner corrió hacia él y, antes de que pudiera levantarse, lo agarró por el cuello y la espalda y lo proyectó hacia adelante con tremenda potencia.

Un cuerpo humano resbaló durante varios metros. Hookie asomaba en aquel momento por el borde de la piscina y su cara recibió el impacto de la frente de su compinche. Los dos individuos cayeron al agua, levantando enormes nubes de espumas.

Gardiner ya no perdió más tiempo y se dirigió hacia la salida. El cuarto guardaespaldas llegaba en aquel momento, justo para encontrarse con un puño que le derribó, sin tiempo de enterarse siquiera de lo que le había sucedido.

Ya no hubo más inconvenientes. Gardiner tomó su coche y partió sin la menor oposición.

Los ojos de *Dandy* Maine chispearon al reconocer a un cliente recién llegado a The Mill. Simulando ingenuidad, se acercó a Gardiner.

—Supongo que mis informes dieron resultado —dijo.

—Muy bueno —concordó Gardiner con acento intrascendente—. ¿Quieres ganarte otros doscientos?

Maine sonrió.

—Eso no se pregunta siquiera —contestó—. ¿De qué se trata?

—En un reservado estaremos mejor —aseguró Gardiner.

—Sí, desde luego. Sígame, por favor.

Gardiner y el rufián echaron a andar. Blue Moon salió al encuentro de la pareja.

—Nick...

—Luego, preciosa; ahora tengo trabajo.

—No me mientas, Nick.

—Espera quince minutos y lo comprobarás.

—*Okay*, buen mozo.

Gardiner y Maine subieron al piso superior. Entraron en un reservado y, apenas se había cerrado la puerta, Gardiner agarró a Maine por la chaqueta con una mano, a la vez que disparaba la otra contra uno de sus ojos.

El rufián cayó de espaldas, lanzando un aullido de dolor y pánico. Gardiner lo incorporó a viva fuerza y le arreó media docena de golpes más.

Momentos después, Maine estaba sentado en un diván, con los ojos cerrados y la nariz convertida en un pimiento maduro. Lloraba y se sentía completamente desmoralizado.

Gardiner se sentó en el borde de la mesa.

—Es mi manera de entrar en materia con los «soplones» —dijo—. Y también la forma de advertirte que quiero respuestas claras y sinceras, no embustes o vaguedades, ¿entiendes?

Maine asintió, mientras restauraba su cara en lo posible, con la ayuda de un pañuelo.

—¿Qué... qué es lo que quiere usted saber? —preguntó.

—¿Has oído alguna vez el nombre de Wardley Sheant?

—Sí. —*Dandy* pareció asombrado—. Pero creo que murió en la cárcel.

—Es verdad. Sin embargo, lo que yo quiero que me digas se refiere a lo que pasó antes de que Sheant fuese a parar a San Quintín para el resto de sus días.

Maine hizo un gesto de duda.

—Yo no sé mucho, lo digo de veras —contestó—. Sé que hubo un jaleo y que había dinero de por medio, bastante dinero... pero también hubo tiros y... Oiga, a mí eso de los tiros no me ha gustado nunca, lo crea o no lo crea.

—Sin embargo, parecías muy amigo de Deathshot.

—Aquí, más o menos, muchos conocían su «profesión». Siempre daba importancia cambiar unas palabras con él.

Gardiner sonrió. Comprendía los motivos de la presunción de su interlocutor. «La eterna vanidad humana», pensó.

—Ya entiendo. Pero algo oirías del asunto —dijo.

—Repito que esos temas no son mi especialidad, ni ahora ni nunca. Drogas tampoco; me repugnan y uno se quema las manos si se enreda con uno de esos asuntos, ¿comprende?

Gardiner asintió. Ahora ya podía darse cuenta claramente de la «especialidad» del sujeto. Quien era tan cobarde con los hombres, no podía por menos de resultar valiente con las mujeres.

—Pero el que sí podrá decirle algo es un tal Jackson Jones —añadió Maine—. Le llaman Cabeza de Martillo, porque dicen que clava los clavos en la pared con la frente, así que imagínese la clase de sujeto que es.

—Sí, desde luego —convino el detective—. Y ese tal Jones tomó parte en el asunto Sheant.

—Lo que él no le diga, no se lo dirá nadie —garantizó Maine.

Y agregó la dirección del sujeto, después de lo cual, Gardiner se despidió desde la puerta:

—No avises a Jones de mi visita o tendrán que reunirse todos los especialistas en cirugía estética del país para arreglarte la cara.

Blue Moon aguardaba en la planta baja.

—¿Qué planes tienes para hoy, cariño? —consultó.

Gardiner echó un vistazo a su reloj de pulsera.

—A partir de este momento ninguno que no pueda compartir contigo —respondió.

Los ojos de la chica lucieron de un modo extraordinario.

—Detesto los lugares concurridos —dijo.

—A mí me pasa lo mismo —aseguró el abogado.

—Podemos hacer que mi apartamento sea una isla desierta —sugirió Blue Moon.

—Es una idea maravillosa —aceptó Gardiner.

CAPÍTULO IX

La mujer que abrió la puerta de la casita al día siguiente era alta, membruda y de pecho exuberante. No era fea, pero su rostro quedaba algo afeado por cierta expresión de dureza y hostilidad, que no suavizaba precisamente sus rasgos.

Gardiner expuso sus deseos. La señora Jones señaló con el pulgar hacia la parte posterior de la casa.

—Vaya allí; mi esposo está trabajando en su taller —indicó.

—Gracias, señora —respondió el abogado cortésmente.

Detrás de la casa había un pequeño cobertizo muy bien construido, en cuyo interior se oían algunos ruidos. Gardiner abrió la puerta y divisó a un hombre de mediana estatura, terriblemente fuerte, vestido con un peto de mecánico, trabajando en algo de madera.

—Hola —saludó desde la entrada.

Jackson Jones volvió la cabeza. Gardiner halló que el apodo estaba plenamente justificado.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Gardiner, abogado. Deseo hablar unos momentos con usted, señor Jones.

—¿He hecho algo malo? Estoy en buenas relaciones con la policía, pago mis impuestos...

Gardiner rió suavemente.

—No vengo a defenderle de nada, señor Jones —contestó—. ¿Es usted aficionado a los trabajos manuales? —preguntó de pronto.

—Me gustan. Es un entretenimiento para mí.

—Claro —dijo Gardiner—. Tiene usted un taller muy bien montado. Se ve que tiene gusto para las cosas.

—¿Ha venido a hablar conmigo o a decirme algo que sé de sobra? —preguntó el sujeto hostilmente.

—El asunto que me trae aquí tiene relación con un tal Wardley

Sheant, muerto en San Quintín, señor Jones.

La mirada del sujeto se endureció repentinamente.

—No sé nada de ese asunto —contestó.

Mentía, saltaba a la vista, dedujo Gardiner en el acto.

Dio unos pasos dentro del taller y lo recorrió con la vista.

—Trabajos en madera... trabajos en hierro, algo de forja artística y... un excelente entrenamiento para cuando se tiene que entrar en una casa sin permiso del dueño o es preciso reventar una caja fuerte —recitó con deliberada parsimonia.

Sorprendentemente, Jones se puso pálido. Gardiner sonrió.

—¿Por qué no se franquea conmigo? —invitó—. Un abogado, guarda siempre el secreto profesional —añadió, a la vez que sacaba cigarrillos.

Jones expulsó una larga bocanada de humo.

—Si se refiere a Sheant, sólo hice un trato con él y, la verdad, no quedé muy contento. Sólo me pagaron cinco mil —dijo.

—¿Es mayor su tarifa normal? —preguntó Gardiner.

—Depende. Sheant dijo que el asunto de la

K. T. & Merliner

prometía mucho. La caja que yo abrí, la verdad, estaba más bien escuálida.

—Usted abrió la caja...

—Sí, pero, como de costumbre, cobré mi parte en el mismo momento y me largué. Ellos se quedaron allí. Ya no sé más.

—¿Vio usted el interior de la caja?

—Sí, le eché una ojeada y apenas si había más que papeles y unos cuantos billetes. Sheant dijo que no podría darme más que cinco mil. Tuve que resignarme, no me quedó otro remedio.

—¿Quiénes eran los otros que estaban con Sheant?

—Chubbaut Taylor y dos de sus boys. Los cuatro se quedaron allí y ya no sé más que lo que leí en los periódicos al día siguiente. De buena me libré, créame. Menos mal que tuvieron la decencia de no citarme.

—¿Qué pasó?

—El guarda les sorprendió y ellos lo mataron. No sé quién disparó, ni tampoco me importa. Pasé un mal trago los días que siguieron, se lo aseguro.

—Me lo imagino —dijo el abogado—. Pero tengo la sensación de que no era el primer golpe de esa pandilla.

Jones se encogió de hombros.

—Fue mi único contrato con ellos. Taylor me ha llamado después un par de veces, pero no he querido ir. Es un tipo que sólo disfruta derramando sangre. Mejor dicho, haciendo que otros la derramen por él.

—Ah, emplea matones.

—Tiene contratado constantemente a un asesino profesional, aunque no sé...

—Deathshot Albertyne —dijo Gardiner.

Jones se echó a reír.

—Era sólo una fachada —contestó.

—A mí no me lo pareció —declaró el abogado.

—Mire, Albertyne, en apariencia y no digo que en más de una ocasión lo hiciera, era el hombre que se encargaba de suprimir a las personas que estorbaban a Taylor. Pero quien lo hacía, en realidad, era otro... y a ése, puede creermelo, no lo conoce nadie más que el propio Taylor.

Gardiner se quedó parado.

—Nunca se me hubiera ocurrido —dijo—. ¿Cómo lo sabe usted?

—Por casualidad. Escuché una conversación aquella noche. Taylor hablaba de suprimir a un tipo y un tal Hookie dijo que podían encomendárselo a Albertyne. Taylor respondió que era asunto muy delicado y que Albertyne no le ofrecía demasiadas garantías. Luego, Hookie y el otro esbirro, mencionaron al asesino profesional y pude darme cuenta que ni ellos mismos lo conocían.

—Entiendo. Pero ¿cómo se libraron ellos de la cárcel, mientras que a Sheant le condenaron a cadena perpetua?

—El guarda de la K.

T. & Merliner

tuvo tiempo de herirle de un tiro antes de morir. Los otros escaparon. Sheant escapó también, pero luego fue atrapado.

—Y Sheant no los delató.

—No. El tiroteo había tenido lugar en el exterior, no en el interior del edificio. Por tanto, quedó la duda legal de si habían ido o no a robar a la Merliner. Eso le salvó la vida.

—¿Es que no encontraron la caja vacía?

—La dejaron cerrada. Además, ya se lo había dicho antes, el dinero en existencia era muy poco. Pero a mí me da en la nariz que a la Merliner le interesaba, sobre todo, declarar que no se había producido el robo.

—Ya entiendo. Contrabando, ¿eh?

—Eso diría yo, abogado. Y ahora, ¿puedo continuar trabajando?

—No hay inconveniente, amigo Jones.

Gardiner abandonó la casa. Creía haber dado un paso importante, en sus pesquisas para encontrar la clave del cuadro. La única duda que le quedaba era si Esther conocía el pasado edificante de su padre.

Abel Kenton se lo diría, resolvió, a la vez que hacía arrancar el motor de su automóvil.

Helen Jones salió de la casa y subió a su automóvil, con ánimo de dirigirse al supermercado para hacer las compras de la semana. La mujer no se fijó en el automóvil de color gris que estaba parado a no demasiada distancia del edificio.

Cuando Helen se hubo alejado, el único ocupante del coche gris se apeó y se dirigió hacia la casa. Era un sujeto alto, aunque de aspecto corriente, con gafas de color ámbar, bigote y perilla.

El individuo atravesó el pequeño jardincito y dio la vuelta a la casa. Salían ruidos del cobertizo. La puerta no hizo ninguno al abrirse.

Jones estaba muy ocupado puliendo una pieza de madera. La primera noticia que tuvo de la presencia de un extraño en el cobertizo fue el quemante golpe que sintió en uno de sus costados.

Las piernas se le aflojaron y cayó al suelo. Con ojos turbios miró al sujeto que estaba en el umbral de la puerta.

La pistola que sostenía el asesino hizo fuego por segunda vez, tan silenciosamente como la anterior. La bala fue a parar a la frente de Jones, un poco por encima de la oreja izquierda.

El asesino guardó la pistola. Tranquilamente, como si se marchase después de una visita, abandonó la casa.

A un kilómetro de distancia, se detuvo unos instantes en un paraje desierto. Las gafas, el bigote y la perilla desaparecieron y su cara tomó mi aspecto enteramente diferente.

Mientras, la señora Jones compraba en el supermercado unos filetes de carne que su esposo ya no podría saborear.

La chica del cuadro estaba tumbada sobre una estera de vivos colores. Cerca de ella había un gran parasol, que proporcionaba sombra a la mesa y a un par de sillas de jardín.

Encima de la mesa había dos botellas, algunos vasos y un cubo lleno de hielo. Gardiner llegó a la mesa y empezó a preparar las bebidas.

Esther abrió los ojos, pero el abogado no lo vio, porque ella tenía puesta unas gafas de color.

—Diríase que me estaba esperando —sonrió Gardiner, mientras ponía cubitos de hielo en uno de los vasos.

—No cuesta nada estar prevenida —respondió Esther, sin abandonar su postura.

—Es cierto. Oiga, ¿sabe que me gusta esta casa?

—A mí también. Por eso resido aquí habitualmente.

—¿Sola?

Esther hizo un gesto de indiferencia.

—No es conveniente que una chica joven y muy hermosa viva sola —dijo él, mientras le entregaba un vaso.

—Tengo un revólver —declaró ella.

Gardiner se sentó en una de las sillas y cruzó las piernas.

—Mejor que el revólver sería un buen perro guardián —sugirió—. Aunque tampoco merece la pena, puesto que pronto trasladará su residencia definitiva a esa lujosa mansión que se divisa desde aquí.

—La señora Larsane vive todavía —contestó Esther intencionadamente.

—Y el hijo no sabe cómo librarse, a los cuarenta años, de la férrea tutela de la madre.

—Así están las cosas. —Esther se sentó de pronto sobre la estera—. ¿Me reprocha que quiera casarme con un hombre de carácter tan débil?

—Oh, no, en absoluto —rió Gardiner—. Usted acabará dominándole también. Y mucho mejor que su madre; la esposa joven y guapa siempre tiene mejores argumentos que una madre para dominar al esposo.

—Usted me desprecia porque quiero casarme con él, no lo niegue.

—Éste es un tema sobre el cual podríamos estar discutiendo

horas y horas, sin llegar nunca a un acuerdo, Esther. Y yo no he venido a hablar de su futuro matrimonio, sino de cierto asunto que usted me encomendó hace algunos días. Es decir, si lo recuerda todavía.

—No lo he olvidado, Nick. ¿Qué es lo que va a decirme ahora?

—Simplemente, los motivos de mi visita —contestó él.

—¿Informar de sus gestiones?

—En parte, sí. Por otro lado, he venido a buscar el cuadro.

CAPÍTULO X

Esther se puso en pie, dejó el vaso sobre la mesa y cubrió su esbelto cuerpo con una bata corta de felpa. Se ató el cinturón y dijo:

—Creo que perderá el tiempo, Nick.

—¿Seguro?

—¿Es que no se da cuenta de que yo misma he registrado la casa, desde el tejado a los cimientos?

—Ya me lo imagino, pero sucede que yo vengo con ideas nuevas, Esther.

—Lo mismo que los otros que estuvieron aquí hace un par de noches.

Gardiner se sorprendió de la declaración de la chica.

—¿Quiénes fueron? —preguntó.

—No lo sé. Yo escuché ruidos, pero, por lo visto, demasiado tarde. Alguien lanzó gas narcótico al interior de mi dormitorio y ya no desperté hasta bien entrada la mañana.

—Y, al levantarse, encontró la casa revuelta.

—No demasiado, aunque sí con indudables señales de un registro hecho a fondo.

—¿Cree que encontraron el cuadro?

Esther se encogió de hombros.

—Es posible que ni siquiera Grammont lo escondiera aquí —respondió.

—Quizá. ¿Sabe cuántos estuvieron en la casa?

—No, no tengo la menor idea, Nick.

—Grammont era muy amigo de su padre, ¿no es cierto?

—Sí, mucho.

—Pero había cierta diferencia de edad...

—Quince años. —La voz de Esther se hizo melancólica de pronto—. En medio de todo, Grammont era bastante tímido. Yo creo que, si me lo hubiese pedido, me habría casado con él. Cuando murió,

aún no había cumplido los cuarenta años.

Gardiner apuró su vaso.

—Más joven, por tanto, que Taylor —dijo.

—Un par de años, en efecto. Bien, ¿quiere registrar la casa? —invitó la chica.

—Por lo menos, echarle un vistazo —sonrió Gardiner.

—Tuvimos mala suerte al perder la ampliación fotográfica que hizo su amigo —dijo Esther, mientras abría la puerta que comunicaba la terraza con la casa.

—Salvo por el hecho de contemplar la reproducción del cuadro a escala natural, fue un hecho perfectamente inútil —declaró Gardiner.

Esther le miró con sorpresa.

—¿Cómo puede decir tal cosa? —exclamó.

—La clave está en el cuadro y no en ninguna otra parte y, si no lo encontramos, nunca sabremos dónde fue escondido un botín de dos millones de dólares.

—¡Oh! —exclamó ella—. Es una cifra... fabulosa, Nick.

—Lo cual le hará comprender muchas de las cosas que han sucedido hasta ahora, ¿verdad?

Ella movió la cabeza afirmativamente.

—Pero yo no me imaginé...

—Esther, ¿conocía usted bien a su padre? —preguntó él de pronto.

La muchacha guardó silencio.

—Sabía que murió en San Quintín, ¿no es cierto? —continuó Gardiner.

—Por favor, Nick, no hablemos más de este asunto —rogó Esther con voz crispada.

—Como quiera —accedió él cortésmente.

La visita a la casa fue minuciosa. Gardiner se dijo que había numerosos sitios donde esconder el cuadro, de tal modo, que sólo el que lo hizo podría indicar el escondite.

El final de la visita tuvo lugar en el pequeño observatorio astronómico. Gardiner contempló admirado el pequeño telescopio, cuyo alcance calculó en unos doscientos aumentos.

—Debe de ser fascinante contemplar el universo a través de un aparato como éste —dijo.

Esther se encogió de hombros.

—No es cosa que me llame especialmente la atención —respondió—. Prefiero mirar las estrellas a ojo desnudo; lo encuentro más... más...

—¿Romántico?

—Tal vez. ¿Seguimos, Nick?

Gardiner divisó de pronto un par de potentes binoculares situados sobre una mesa. Se apoderó de ellos y los usó fuera del observatorio, junto a una ventana desde la que se divisaba la residencia de Larsane.

La casa de Larsane estaba a un nivel ligeramente superior, de modo que la balaustrada de la terraza sólo permitía ver la cabeza y los hombros de los dos individuos que parecían discutir con cierta energía. De pronto, uno de ellos alzó la mano y asestó una espantosa bofetada a su interlocutor.

Larsane se tambaleó, pero no intentó devolver el golpe. Manso y resignado, se mantuvo en el mismo sitio, contemplando cómo se alejaba Chubbaut Taylor, seguido de dos de sus fieles esbirros, entre los que figuraba el inevitable Hookie Smith.

Ethel Larsane leía apaciblemente un libro en la terraza, a la sombra de un gran parasol. Oyó pasos, alzó la cabeza y se quitó los lentes con cerco de oro que usaba para leer.

—Ah, es usted, señor Gardiner —dijo.

El abogado se inclinó, tomó la mano de la anciana y la besó galantemente.

—Sentía vivos deseos de volver a verla, señora —manifestó.

—Abogado, yo ya no tengo veinte años para esponjarme con sus palabritas melosas —dijo Ethel con cierta aspereza—. ¿Qué es lo que quiere de mí?

—En realidad, he venido a hablar con su hijo, pero el cancerbero me ha dicho que aguarde en la terraza. Ahora bien, ello no significa que no me sienta contento de charlar un ratito con usted.

—No será sobre el tiempo, ¿verdad? —dijo Ethel irónicamente.

—El tema de nuestra charla versará sobre su negativa a permitir que Raymond se case con Esther Sheant.

Ethel endureció el gesto.

—¿No se imagina usted los motivos, Nick? —preguntó.

—Wardley Sheant murió en San Quintín, condenado por robo y

asesinato —dijo Gardiner.

—¡Tonterías! —bufó la anciana—. Esther es inocente de lo que hizo el granuja de su padre. Pero cuando se desnudó para posar ante Grammont, tenía ya los años suficientes para saber lo que se hacía.

—No se desnudó: había unos velos...

—Que no ocultaban nada, eso es. En todo caso, aún añadían malicia al cuadro, ¿me comprende?

—La malicia no existe en una obra de arte, sino en los ojos de quienes la contemplan, señora —dijo Gardiner suavemente.

—Joven, no venga usted ahora a darme lecciones de moral —contestó Ethel de mal talante—. En lo personal, usted me resulta terriblemente simpático, pero perderá mi aprecio si insiste en ese tema.

—Correré el riesgo de perder su aprecio, señora... pero ¿no le parece que Raymond ya tiene edad para decidir por sí mismo sobre su futuro?

Ethel lanzó una agria carcajada.

—Bueno, que lo haga —contestó—. Será divertido ver cómo se las arregla para mantener a su esposa sin dinero.

—Oh —murmuró Gardiner—. Debo deducir que es usted quien tiene los cordones de la bolsa.

—Exactamente, jovencito, y no los aflojaré para sufragar un matrimonio que me disgusta. Ahora ya me entiende, ¿no?

—Su hijo puede ponerse a trabajar...

—Ése, qué va a trabajar —dijo Ethel con inmenso desprecio—. Nunca ha hecho un esfuerzo mayor que el de llevarse una copa a los labios o corretear detrás de las chicas ligeras de cascos. Yo quiero para él algo mejor, ¿me comprende?

—Sí, vamos, una esposa a la cual pueda dominar usted como ahora domina a su hijo.

La cara de Ethel enrojeció de cólera.

—Abogado, no me tiene la paciencia —dijo.

—Por lo visto, a usted le gusta muy poco que le diga la verdad, señora Larsane. Eso no es bueno, créame; se acaba viviendo en un mundo falso, que no tiene el menor punto de contacto con la realidad.

—Ya tengo demasiados años para recibir consejos. Ésta es mi

casa, entiéndalo bien de una vez.

—Y su hijo es su hijo y el aire que respiro es su aire —declaró Gardiner sarcásticamente—. Cuando Raymond se case con la mujer que usted le elija, ¿les señalará también las horas de intimidad conyugal?

Los ojos de la anciana brillaron de furia.

—Si no estuviese impedida, le daba una buena bofetada —aseguró.

Gardiner se inclinó hacia ella.

—Adelante —invitó—. Si eso la va a desahogar, pégueme una bofetada. Pero no por ello rectificaré una sola palabra de lo que he dicho.

Ethel y el visitante se contemplaron recíprocamente, con los ojos a menos de dos palmos de distancia. Al fin, ella desvió la vista.

—No puedo pegarle —dijo sordamente—. Me desagrade reconocerlo, pero todo lo que usted ha dicho es la pura verdad. Sin embargo...

—¿Sí, señora Larsane?

—Usted no conoce bien a Raymond y yo sí, ésa es la diferencia entre nuestros respectivos puntos de vista.

—No me diga ahora que Raymond es débil de carácter, irresoluto y demás. Acaso es que usted, imbuida por un amor maternal excesivamente posesivo, no ha permitido que su personalidad se desarrollara libremente.

Ethel vaciló un momento. Luego, muy conturbada, dijo:

—Venga otro día, abogado; entonces, hablaremos con más extensión. Creo que yo hoy ya hemos hablado bastante.

Pasos muy fuertes sonaron de pronto en la terraza. Gardiner volvió la cabeza.

—Me han dicho que quería verme, abogado —manifestó Raymond Larsane.

—Creo que se me hace un poco tarde —se disculpó Gardiner—. Hablaremos otro día, señor Larsane.

Ethel pareció asombrada de aquella respuesta. Gardiner sonrió.

—Sí, volveré otro día —repitió, mientras se inclinaba para besar la mano de la dama—. Señora, créame, media hora a su lado vale infinitamente más que todo un día junto a la mujer más hermosa del mundo.

—Como adulator, en una Olimpiada se llevaría usted de calle la medalla de oro —contestó Ethel, sonriendo.

Gardiner hizo una ligera inclinación de cabeza hacia Larsane. Luego dio media vuelta y se encaminó hacia la escalinata.

—Mamá —preguntó Larsane, cuando el joven se hubo ido—, ¿de qué habéis estado hablando ese entrometido y tú?

—Oh, del tiempo —respondió ella en tono intrascendente—. Hace un tiempo magnífico, ¿verdad?

Los puños de Larsane se crisparon de rabia.

—Si no fueses tú la dueña del dinero...

—Ya me habrías llevado a un asilo y tú te dedicarías por ahí a derrocharlo indecorosamente —aseguró Ethel con voz cortante.

CAPÍTULO XI

La luz de la lámpara portátil cayó sobre los ojos del durmiente. Chubbaut Taylor se agitó unos momentos en el lecho y luego, repentinamente sobresaltado, se sentó de golpe.

—¿Quién diablos...?

—No alce la voz demasiado, Taylor —sonrió Gardiner—. Sus esbirros podrían despertarse... ¡Y duermen tan plácidamente!

Taylor parpadeó de asombro.

—¿Cómo ha entrado en mi casa? —barbotó—. Está muy bien vigilada.

—Su optimismo es injustificado. En su lugar, yo reprendería al guardián nocturno: dormía como un tronco, sentado en uno de los bancos del jardín.

—Le despellejaré vivo —aseguró Taylor—. Yo pago a mis hombres...

—Por el rendimiento que estima deben darle, ¿no? Bien, pero ése no es tema importante por el momento. Hablemos, por ejemplo, del asalto a la

K. T. & Merliner.

—¿Quién se lo ha dicho? —preguntó Taylor, asombrado.

—El mismo hombre a quién usted cerró la boca, por su desgracia, demasiado tarde.

—Jones —murmuró el individuo sordamente.

—Sí, Jackson Jones. Usted envió luego contra él a su asesino secreto, ¿no es cierto?

Taylor palideció.

—Abogado, me parece que en los últimos tiempos se muestra demasiado curioso. Tendré que curarle ese vicio definitivamente —amenazó.

—No le agradecería que se supiera que usted tomó parte en el asalto a la Merliner, ¿verdad? ¿Qué había en aquella caja para que

luego haya provocado toda esta serie de asesinatos?

—Nada, unos pocos miles de dólares...

—Taylor, hay cajas fuertes con trampa —dijo el abogado—. No me refiero a trampas de alarma ni a bombas que explotan cuando las abre un ladrón, sino a otra clase de trampas. Una segunda caja fuerte tras la pared de lo que representa el fondo que se ve a primera vista al abrir la puerta exterior. Si se tratase de una maleta, diríase que tiene doble fondo, ¿comprende lo que quiero decir?

El *gángster* estaba lívido.

—Ha averiguado demasiadas cosas —dijo.

—Pero no los motivos de su relación con Raymond Larsane —contestó Gardiner—. ¿Por qué le pegó ayer una bofetada, sin que Larsane supiera reaccionar?

—¿Quién se lo ha dicho? —gritó Taylor descompuestamente.

—No alce la voz, insisto; es preciso respetar el sueño de los durmientes. Yo mismo le vi a usted cuando le pegaba a Larsane. Me extrañó que Larsane no reaccionara, eso es todo.

Los labios de Taylor se contrajeron.

—No hablaré —contestó.

—Ya lo averiguaré por otro método —sonrió Gardiner—. Pero empiezo a sospechar que fue usted el que mató al guardia de la Merliner, contra lo que se ha venido sosteniendo habitualmente.

—¡Fue Sheant! —dijo Taylor con gran vehemencia.

—¿De veras? —Gardiner continuaba sonriendo—. He hecho averiguaciones, no vaya usted a pensar que me he estado quieto. Sheant tenía una lesión cardíaca crónica e incurable. He hablado con su médico de cabecera, quien le había dado sólo un par de años de vida. Él lo sabía y por ello se declaró autor del hecho, seguro de que, en el peor de los casos, ni siquiera llegaría a la cámara de gas. Pero, al mismo tiempo, y aun herido, pudo esconder el botín y les dejó a ustedes con dos palmos de narices. Puesto que cargaba con las culpas, pensó que sólo él debía disfrutarlo; mejor dicho, su hija Esther.

Taylor parecía a punto de sufrir un ataque.

—Y usted cree —siguió el abogado—, que Esther conoce el escondite del dinero, cuando no es así. Quien lo conocía era Grammont, como amigo de su padre y, muy probablemente, enamorado de Esther. Usted conocía esa circunstancia y fue a

hablar con Grammont. El pintor se burló de usted, incluso es posible que le dijera que la clave estaba en el cuadro, pero ya lo había escondido. Usted pensó acaso que podría encontrar el cuadro y provocó el accidente que causó la muerte de Grammont. Pero resultó un fracaso, puesto que el cuadro no ha aparecido.

—Voy a tener que matarle —amenazó Taylor, lívido de rabia.

—No lo hará. Todo lo que he dicho está escrito. Si yo muerdo violentamente, ese informe irá a manos de la policía.

Taylor se quedó atónito. Gardiner empezó a retirarse.

—Volveremos a vernos —sonrió.

De repente, Gardiner vio un cambio en la expresión de la cara del bandido. Intuyendo un peligro, se volvió, justo a tiempo de ver a Hookie que se abalanzaba sobre él.

Gardiner saltó lateralmente y luego, aprovechando el impulso del pandillero, lo arrojó contra la cama, justo en el momento en que Taylor empezaba a levantarse.

Los dos hombres chocaron con tremenda violencia.

Incapaz de soportar el peso, la cama se hundió con gran estrépito.

Gardiner abrió la ventana y saltó al jardín. Detrás de él, dos hombres juraban y blasfemaban como posesos. Gardiner aceleró la velocidad de su carrera.

De pronto, oyó pasos a su espalda. Otro de los pistoleros de Taylor corría hacia él.

—¡Párese o disparo! —gritó el individuo.

Gardiner alcanzó cierto punto del jardín. Allí, junto a un banco, había un hombre atado y amordazado. Las fuertes manos del abogado alzaron al guardián que había sido sorprendido y lo lanzaron contra su perseguidor.

Dos cuerpos humanos rodaron por el suelo. Gardiner oyó atroces juramentos, mezclados con los gruñidos de impotencia que emitía el amordazado. Riendo desaforadamente, alcanzó la salida, subió a su coche y partió como una centella, antes de que Taylor y sus esbirros hubieran tenido tiempo de reaccionar.

La secretaria se echó a un lado, a la vez que mantenía la puerta abierta.

—Entre, señor Gardiner —invitó.

El abogado cruzó la puerta, que se cerró en el acto a sus

espaldas. Un hombre de cierta edad, cargado de hombros y de mirada suspicaz, le contempló críticamente.

—Celebro conocerle, abogado Gardiner —dijo.

—Es un placer, señor Merliner —respondió el visitante—. Sé que está muy ocupado y no quiero hacerle perder demasiado tiempo. Por eso iré directamente al grano.

—Muy agradecido, abogado. ¿De qué se trata?

—Simplemente, de cierto robo que se efectuó en la caja fuerte de su empresa, hará cosa de dos años, más o menos. Hubo un muerto, el guardia del local.

—No es cosa que se olvide fácilmente. Económicamente, no perdimos apenas; pero una vida humana...

—Sí, siempre es lamentable la pérdida de una vida humana. Pero también se lamenta la pérdida de dos millones de dólares.

Merliner miró con fijeza al visitante.

—No entiendo lo que quiere decir —manifestó.

—Su caja fuerte tiene un doble fondo. En ese doble fondo estaban los dos millones, billetes y otros objetos de valor, procedentes, estimo, de contrabando. Usted no denunció el hecho, porque habría resultado gravemente perjudicado, ¿no es así?

Merliner tenía la cara gris.

—¿Cómo lo ha sabido? —preguntó.

—En lo que se refiere a la caja fuerte, he investigado en la fábrica. No es la primera vez que hacen una cosa semejante —explicó Gardiner—. Y, realmente, es una excelente precaución. Pero me extraña el hecho de que la gente ande muriendo por ahí a causa de dos millones de dólares y que su empresa no denunciase más que la pérdida de unos pocos miles.

Merliner parecía abrumado.

Su cabeza se inclinó de pronto.

—Es cierto —murmuró.

—Señor Merliner —dijo el joven, impasible— no sé por qué, pero me figuro que usted, aunque cabeza visible, no es el director auténtico de la empresa. ¿Me equivoco?

—Lo siento, no puedo citar el nombre del propietario.

—¿Le traería conflictos si lo hiciera?

—Aprecio demasiado mi vida —contestó Merliner, significativamente—. Yo cometí un error al aceptar la dirección de

esta empresa de importación y exportación, a la que, incluso, presté mi nombre. Pero ya es demasiado tarde para salirme del engranaje, ¿comprende?

—De modo que si no temiera por su vida, usted hablaría...

—No lo dude. Sé que sufriría graves contratiempos, pero lo diría todo. Me ofrecieron buenos ingresos, muy superiores a los que ganaba en mi anterior empleo... y luego, cuando supe toda la verdad, ya me fue imposible retirarme. Mi vida, me dijeron, dependía de que siguiera al frente de la empresa.

—Comprendo. —Gardiner se acarició la mandíbula pensativamente—. De modo que si usted tuviera una razonable seguridad de no sufrir daños físicos, declararía lo que sabe.

—Sí.

Gardiner se puso en pie.

—Será cosa de solucionar ese problema —dijo—. Ahora, una pregunta más, por favor.

—Sí, abogado.

—Además de los billetes, ¿qué otras «cosas» había en el doble fondo de la caja fuerte?

—Piedras preciosas por valor muy cercano al millón y medio de dólares —respondió Merliner.

La chica estaba sentada en un sillón, con las piernas cruzadas, frente a la puerta. Gardiner se detuvo un momento en el umbral, contemplándola fijamente en la penumbra de la sala.

—Una visita inesperada, pero no por ello menos agradable —calificó, mientras cerraba—. ¿A qué debo el placer de tenerla en mi casa?

—Simplemente, a la falta de noticias, Nick —respondió Esther.

—He tenido trabajo —contestó él, evasivamente.

—¿Ha dado frutos?

—Muy positivos, aunque insuficientes. Hablando de una forma metafórica, le diré que las piezas que he conseguido encontrar no son todavía lo bastante en número para reconstruir el rompecabezas.

—Entiendo. —Ella se puso en pie y se acercó a una gran lámpara que había en un rincón—. Voy a dar la luz —anunció.

—No toque esa lámpara; la bombilla está fundida —advirtió Gardiner, al mismo tiempo que se acercaba a otro interruptor.

—Lástima, es muy bonita —dijo Esther.

CAPÍTULO XII

—Si tanto le gusta, pondré una bombilla nueva —sonrió Gardiner—. Lo que sucede es que yo no la uso apenas, aunque sí veo que es muy decorativa.

Abrió el cajón de una de las consolas, hurgó en él unos instantes y extrajo una bombilla nueva. Luego se acercó a la gran lámpara, cuya pantalla, en imitación de pergamino antiguo, tenía unos dibujos góticos sumamente atractivos.

Gardiner inclinó la lámpara para desenroscar la bombilla fundida. Una exclamación de sorpresa brotó de sus labios en el acto.

—¿Qué le pasa? —preguntó Esther, alarmada.

—Acérquese —indicó él, lacónicamente.

Esther obedeció. Al estar inclinada la lámpara, se podía ver con toda facilidad la negra caja que estaba sujeta a la parte alta del pedestal, junto a la bombilla.

—¿Es una batería? —preguntó ella, inocentemente.

—¿Una batería? —rió Gardiner—. Ojalá... pero no es así. Se trata de una bomba, Esther.

—¡Oh! —dijo ella, muy pálida—. Por fortuna, no se me ocurrió a mí encenderla.

—Ésa ha sido su suerte. Y la mía el hecho de que la bombilla estuviese fundida; de lo contrario, yo también habría caído en la trampa al tirar de la cadenita que acciona el interruptor. Esa cadenita, ahora, acciona la espoleta de la bomba.

—Me siento mareada —declaró Esther, con voz débil.

—Venga, nos tomaremos una copa. Luego desarmaré la bomba.

—¿No hay peligro de que estalle?

—No se oye ruido de un mecanismo de relojería. Por otra parte, el que la colocó no podía precisar la hora en que yo estaría en casa. Esa bomba está dispuesta para que estalle cuando yo me siento a leer alguna cosa y quiera encender la luz.

Dos copas les reanimaron en buena parte después del susto que se habían llevado.

—De modo que quieren matarle, ¿eh? —murmuró Esther, momentos más tarde.

—Hay quién juzga que estoy metiendo la nariz demasiado en asuntos que no me importan —contestó—. Y, la verdad, he averiguado bastantes cosas.

—¿Puedo saberlas?

—Otro rato —evadió una respuesta concreta—. En cambio, dentro de lo desagradable, sí le daré una noticia que se puede calificar de consoladora.

—Hable, Jack, se lo ruego —pidió Esther.

—Su padre, aunque tomó parte en el asalto a la Merliner, no mató al guardia.

Esther se quedó atónita.

—Pero, entonces, ¿por qué se dejó condenar? —exclamó.

—Por dos razones: una, sabía que ya no le quedaba mucho tiempo de vida. Otra, quería que usted disfrutase del botín conseguido en el asalto.

—Yo no quiero ese dinero —contestó ella, con visible repugnancia—. Pero ¿quién le dijo lo de la enfermedad de mi padre? Ni siquiera yo lo sabía...

—Él se lo ocultó, indudablemente. Yo hablé con el médico de cabecera y me lo dijo.

Esther bajó la cabeza.

—Papá siempre fue muy bueno conmigo, aunque sé que la vida que llevaba no era demasiado honesta —murmuró—. Por eso, cuando me hice mayor, quiso que viviéramos separados.

—Entiendo. De todas formas, usted no puede seguir mirando al pasado. Aunque el futuro que le espera, junto a Raymond Larsane, no es demasiado prometedor.

—Creo que voy a romper el compromiso —declaró Esther, con vehemencia.

—No es mala decisión, y casi estoy seguro de que Raymond no está verdaderamente enamorado de usted.

—Si me quisiera de veras, ya se habría casado conmigo.

—A mí no me costaría nada —rió Gardiner—. Claro que no estoy enamorado de usted y la cosa cambia. Pero vivir con un

hombre como Raymond y teniendo al lado a una mujer del calibre de la señora Larsane, no es precisamente el *súmmum* de la felicidad.

—Debo admitir que no había motivos honestos en mi actitud, Nick. Yo buscaba el dinero que tiene Raymond. En principio, sin embargo, creí que era muy distinto de lo que he podido apreciar más tarde. El tiempo se ha encargado de sacarme de mi error.

—Cosa de la que me felicito muy sinceramente —dijo el abogado—. ¿Cuándo piensa darle la noticia de la ruptura de su compromiso?

—No sé si podré hacerlo, Nick —contestó la muchacha.

—¿Cree que le faltará valor para decírselo?

—No es eso, sino que no sé si podré materialmente, porque desconozco si estaré viva mañana —respondió Esther, sorprendentemente.

Gardiner creyó en un principio que Esther bromeaba. Ella se encargó de sacarle de dudas momentos más tarde, al entregarle un papel.

—Lo he recibido hoy —manifestó—. Lea, por favor.

El abogado desplegó el papel y leyó:

«Hemos podido apreciar que no ha hecho caso de nuestras indicaciones. Antes de la medianoche recibirá una llamada telefónica. Si persiste en su negativa, no llegará viva al nuevo día».

—Parece que ahora se toman las cosas más en serio —observó Gardiner, después de la lectura.

—Ya no cabe la menor duda: o les digo dónde está la clave, o me matarán —dijo Esther.

Gardiner miró a través de la ventana. Ya atardecía, lo cual significaba que el plazo concedido a la muchacha apenas llegaba a las doce horas.

Esther captó el silencio del abogado.

—Pero ¿qué obtendrán con mi muerte? —dijo—. Se quedarán como están ahora; no por matarme conseguirán los dos millones, Nick.

Gardiner continuaba reflexionando. Esther decidió respetar su

silencio.

Al cabo de unos momentos, Gardiner dijo:

—Es cierto, no conseguirán su dinero, pero esperan encontrarlo algún día y, de este modo, eliminan a un competidor. Quizá hayan especulado con la posibilidad de que usted encontrase la clave y, atemorizada, quisiera repartir con ellos el botín. Han abandonado esa idea y ahora pretenden suprimirla.

—Y a usted también, Nick. Le han puesto una trampa...

—No me lo recuerde —se estremeció Gardiner—. Si la bombilla hubiese estado sana, quizá a estas horas no lo podría contar. Escuche —decidió, de repente—, vuelva a su casa y espéreme.

—¿Va a ir allí, Nick? —preguntó Esther, esperanzadamente.

—Antes de la noche, por supuesto. Mientras tanto, haga su vida normal, ¿comprende?

—Tengo la seguridad de que me han seguido...

—No es difícil adivinarlo —sonrió Gardiner—. Pero, repito, yo estaré allí para protegerla.

—Ahora me siento un poco mejor —confesó ella.

—Lo cual celebro infinito. Vuelva a su casa y, repito, haga la vida de costumbre. Si no he llegado antes de la medianoche, no se alarme y acuéstese.

—Lo haré así, Nick.

Gardiner la acompañó hasta la puerta.

—No tema —dijo, al despedirla.

La sonrisa de Esther expresaba confianza. Al quedarse solo, Gardiner volvió a la lámpara y empezó a desmontar la bomba.

Levantó la tapa que contenía el explosivo. En el interior, encontró la espoleta, en forma de lápiz y con una corona de graduación de tiempos, desde cero segundos a ciento ochenta.

—Lo mismo puede explotar instantáneamente que tres minutos después de haber accionado el interruptor —se dijo.

En su caso, la bomba habría estallado en el acto. Tras meditar unos segundos, graduó la espoleta para treinta segundos y guardó la bomba.

Acto seguido, se preparó un bocadillo y lo regó con medio litro de buen café. Al terminar, encendió un cigarrillo y salió a la calle.

El teléfono estalló repentinamente. Esther acababa de levantarse del sillón donde había estado sentada hasta aquel momento y

contempló el repiqueteante aparato con ojos hipnotizados.

—Conteste, conteste —susurró una voz desde algún sitio que ella no podía ver—. Diga que no sabe dónde está el cuadro, pero conteste. Vamos, deprisa.

Esther se sorprendió en el primer momento. Luego alzó el aparato.

—Señorita Sheant —sonó una voz de tonos indefinibles.

—Sí, yo misma...

—Habrá recibido nuestro mensaje, supongo.

—Lo he recibido, efectivamente.

—¿Y bien, cuál es su respuesta?

—No sé nada, se lo juro.

—¿Es su última palabra?

—¿Qué otra cosa puedo decir? ¿Cómo quiere que le indique el paradero de algo que yo misma desconozco?

—Está bien. En tal caso, aténgase a las consecuencias. Antes de que amanezca, estará muerta.

Esther volvió el teléfono a la horquilla. La voz de Gardiner sonó nuevamente:

—Vaya a su dormitorio y simule acostarse. Es decir, desvístase, póngase el camisón y métase en la cama, Acuéstese a continuación y apague la luz.

—Sí, Nick. Por favor, ¿dónde está usted?

—Tumbado al pie de su ventana, entre los macizos de flores. Haga lo que le digo... Ah, y deje la ventana abierta.

—Eso es una provocación para que el asesino dispare contra mí —se alarmó Esther.

—Ahora no hay nadie en el jardín más que yo. Pero alguien la debe de estar vigilando desde lejos con unos prismáticos.

—Ya entiendo. ¿Seguirá aquí, Nick?

—Hasta el amanecer, Esther.

Ella se dispuso a retirarse, pero, de pronto, se detuvo, irresoluta.

—Nick —llamó.

—¿Qué sucede ahora? —preguntó él.

—Sí... si me desvisto con la luz y la ventana abierta... Sonó una risita.

—Sí, será un bonito espectáculo —convino Gardiner—. Lástima que yo no pueda verlo.

—¡Oh! —dijo ella, indignada—. Un día le haré pagar caras esas palabras.

—Aceptaré el castigo con gran placer —respondió el abogado, jovialmente.

CAPÍTULO XIII

El hombre avanzaba cautelosamente a través del jardín. Gardiner se acuclilló detrás de unas matas, observando con todo detenimiento los menores movimientos del intruso.

El silencio era absoluto. Un pie hizo crujir unas piedrecillas y el sujeto se inmovilizó en el acto.

Gardiner continuaba convertido en una estatua de piedra. El asesino dio unos cuantos pasos más y se acercó a la ventana del dormitorio de Esther.

Sus manos, enguantadas, tantearon el antepecho. A causa de la excelente temperatura, Esther tenía el bastidor medio levantado y el asesino, actuando con infinito cuidado, terminó de levantarlo.

Pero no tuvo tiempo de entrar en la casa. Algo frío y duro se apoyó en su nuca.

—Un solo movimiento y su cráneo saltará en mil pedazos —amenazó Gardiner.

El asesino se quedó rígido un instante.

—Está bien protegida, ¿eh? —dijo, por fin.

—Imagínese —rió Gardiner—. ¿Quiere separarse de la ventana, por favor? Luego de media vuelta; hay algo de luna y quiero verle la cara.

—De acuerdo.

El intruso obedeció. Gardiner se quedó de piedra al reconocerlo.

—Murdock —exclamó.

—El mismo —admitió amargamente el secretario de Larsane.

—¿Por qué, Murdock?

—No me quedaba otro remedio. Ella o yo, abogado, compréndalo.

Gardiner emitió una risita.

—Ella y usted, pedazo de tonto —le apostrofó—. ¿Es que no se da cuenta de que, después de que la haya matado, no le dejarán

vivo para que los delate?

Murdock se estremeció.

—¡Rayos! ¿Es posible? —dijo.

—Apostaría cien a uno —contestó Gardiner.

El frustrado asesino guardó silencio un momento.

—De todas formas, me gustaría comprobarlo —dijo.

—¿Cómo lo haría?

—Simplemente, diciendo, al regresar, que ella está muerta.

La mano de Gardiner se apoderó de una pistola con silenciador.

—Le voy a ayudar en la comedia, Murdock —dijo.

Y disparó un tiro hacia el dormitorio, pero ligeramente alto, a fin de no herir a la muchacha.

La detonación sonó muy apagada, pero, en aquellos lugares tan solitarios, podía escucharse perfectamente a cierta distancia. Murdock miró al abogado con extrañeza.

—Ahora, váyase —dijo Gardiner.

—Comprobaré si lo que usted me ha dicho es cierto...; quiero decir, si tienen intenciones de matarme. Pero si voy desarmado, no podré defenderme —objetó Murdock.

Gardiner sacó el cargador de la culata de la pistola y también la bala que había pasado a la recámara. Luego entregó todo a Murdock.

—No intente disparar contra mí —dijo—. Si le veo volverse, tiraré a matar.

—Descuide.

Murdock giró sobre sus talones y echó a andar. Gardiner contempló su silueta durante unos segundos.

Luego, corriendo en diagonal, se acercó a los límites del jardín. Murdock cruzó la valla y se acercó al automóvil estacionado a cierta distancia.

Cuando iba a abrir la portezuela, una mano armada salió por la ventanilla. Tres fogonazos abrasaron literalmente la cara de Murdock, quien se desplomó al suelo sin proferir un gemido.

El coche arrancó de inmediato. Gardiner disparó un tiro contra el vehículo, pero no consiguió detenerlo.

Luego, cuando iba a disparar de nuevo, se lo pensó y detuvo el gesto.

El cargador de la pistola que había sido de Albertyne,

precisamente por el mayor calibre del arma, sólo podía contener cinco cartuchos. Y Gardiner había gastado ya dos, uno de ellos en el propio Albertyne.

Las luces rojas del coche se perdieron de vista rápidamente. Gardiner retrocedió.

El asesinato había sido cometido con la mayor discreción. Al día siguiente, la policía tomaría cartas en el asunto, pero él, por el momento, prefería evitar las complicaciones.

Regresó a la casa. Esther se asomó ansiosamente a la ventana del dormitorio.

—No puedo dormir —dijo—. ¿Qué ha pasado, Nick?

Gardiner soltó una risita.

—Simplemente, hemos espantado a un moscardón que revoloteaba por las inmediaciones —contestó—. Vuelva a la cama y no se preocupe de más, Esther.

—Eso quisiera...

—Ande, haga lo que le digo y no encienda la luz bajo ningún pretexto.

—Pero ¿es que se va a quedar más tiempo ahí afuera?

—Exactamente —corroboró Gardiner, sin pestañear.

Un hombre que caminaba cautelosamente tropezó de repente con un alambre cruzado sobre el sendero y cayó de bruces, lanzando un gruñido de enojo. Gardiner, sentado al pie de un árbol, se despabiló inmediatamente.

El individuo se levantó, rezongando algo entre dientes. Gardiner le dejó avanzar todavía unos pasos y luego se le acercó por detrás.

—Amigo, esto que tiene usted apoyado en la espalda puede hacerle trizas la columna vertebral —dijo—. Rasque el cielo con las manos o apretaré el gatillo.

—Es usted muy astuto, abogado —murmuró el intruso, con voz opaca—. ¿Cómo ha presentido que yo vendría?

—Nunca debieron haber asesinado a Murdock —contestó Gardiner—. Si lo hubieran hecho más lejos, de modo que yo no me enterase, tal vez me habría ido a la cama sin más preocupaciones. Pero se notaba demasiado que era una trampa. Murdock fue el cebo destinado a conseguir que yo descuidase mi vigilancia.

—Muy astuto, en efecto —reconoció el asesino—. Sí, pensábamos que tal vez Murdock consiguiera matar a la chica, con

lo cual habríamos conseguido nuestro objetivo. Tanto en un caso como en otro, su presencia ya no tendría motivo en esta casa.

—Pero me quedé, ya ve lo que son las cosas. Y ahora empiece a darse la vuelta...

El asesino giró, pero a mucha mayor velocidad de la que esperaba Gardiner, y su codo desvió la pistola apuntada a sus riñones. Luego, un puño golpeó la mandíbula del abogado.

Gardiner cayó de espaldas, medio atontado. El asesino no aguardó a comprobar los efectos de su golpe, sino que escapó antes de que Gardiner reaccionara.

CAPÍTULO XIV

—Me pasé de listo —dijo Gardiner, poco después, cuando ya amanecía, a la vez que se aplicaba a la dolorida mandíbula unas compresas empapadas en agua fría.

—Pero adivinó que la presencia de Murdock no era sino un lazo que tendía a volverle descuidado —manifestó Esther, desde la puerta del cuarto de baño.

—Una acción que tenía un doble objetivo, uno de los cuales, por lo menos, debía ser conseguido sin dificultad: hacerme creer que ya había conseguido evitar su muerte. Si yo sorprendía a Murdock, como así ha sido, el otro tipo, el asesino secreto de Taylor, vendría más tarde, para consumir sus propósitos.

Esther frunció el ceño.

—Diríase que conocen el paradero del cuadro, ¿no cree? —murmuró, muy pensativa.

Gardiner terminó de secarse la cara y se volvió hacia ella.

—Es probable que tenga usted razón —convino.

—Pero no sabemos dónde está —suspiró la chica—. Venga, el café ya está listo.

Momentos más tarde, se hallaban a ambos lados de una mesa. Gardiner aspiró con fruición el aroma, del café recién hecho.

—Esto reconforta —dijo.

Y atacó el desayuno con decisión, pero, al morder la primera rebanada de pan con mantequilla y mermelada, se quejó.

—¿Qué le sucede? —preguntó Esther.

—Me duele la mandíbula —contestó él—. Fue un golpe de los buenos, créame.

Esther rió divertida.

—¿Es cierto que en esas ocasiones se ven las estrellas? —preguntó.

—No lo dude, y sin necesidad de telescopio...

De pronto, Gardiner se interrumpió, para lanzar un aullido un segundo más tarde:

—¡El telescopio!

La chica se sobresaltó.

—¿Qué ocurre ahora, Nick? No me asuste...

Gardiner se puso en pie y, agarrándola por una mano, la obligó a seguirla.

—Venga conmigo —dijo, muy excitado.

Instantes más tarde, entraban los dos en el observatorio astronómico. Gardiner señaló el telescopio con la mano libre.

—Grammont era un hombre aficionado a contemplar las estrellas, ¿no es así?

—Era su *hobby*, en efecto —convino la muchacha.

—En tal caso, ¿qué mejor lugar para esconder la tela enrollada de un cuadro que el hueco interior de un telescopio?

La boca de Esther hizo una O mayúscula. Gardiner sonreía satisfecho.

—Lo hemos tenido todo el tiempo ante los ojos y no lo hemos sabido ver —dijo, a la vez que se acercaba al aparato óptico.

Tuvo que subirse a un taburete para alcanzar el objetivo, que medía casi quince centímetros de diámetro. Después de un forcejeo, consiguió desenroscar la lente. Metió los dedos y sacó un rollo, cuidadosamente envuelto en papel de embalar.

—El cuadro, Esther —anunció—. Aquí está La chica de los velos.

Ella, casi en éxtasis, alargó las manos para coger el cuadro, pero, en el mismo momento, se oyó una voz:

—Si no les importa, ese cuadro tiene otro destinatario.

Gardiner se apeó del taburete. Taylor y sus dos secuaces, Hookie Smith y Theo Long, se hallaban en la entrada del observatorio. Hookie y el otro sostenían sendas pistolas en sus manos.

—Un escondite muy bueno —agregó Taylor, satisfecho—. Pero de nada ha servido finalmente.

Esther estaba a punto de echarse a llorar. Gardiner rodeó sus hombros con un brazo, con gesto protector.

—Ya tiene el cuadro —dijo—. Pero ¿sabrá encontrar la clave?

Taylor se echó a reír.

—Eso no tiene ya la menor dificultad —contestó—. Dos

millones, billetes y piedras preciosas. Imagínense las cosas que se pueden hacer en este mundo con semejante botín.

—Sí, sobre todo, teniendo en cuenta que los billetes no estarán registrados y que tampoco corre prisa en ir lanzando las piedras al mercado, para no despertar sospechas.

—Justamente, abogado. Ha adivinado usted mis propósitos —convino Taylor.

—¿Debo adivinar también si sus esbirros van a usar sus pistolas contra nosotros?

Taylor hizo un gesto despectivo con la mano.

—¿Para qué comprometerme? —respondió—. Usted puede hablar, gritar, hacer declaraciones... pero no podrá probar nada en absoluto. En estos momentos, me siento tan generoso que les perdono la vida.

—Gracias, majestad —dijo Gardiner, inclinándose ligeramente—. Tus súbditos, reconocidos, no olvidarán jamás semejante gesto de benevolencia.

—Jefe, si de mí dependiera...

Taylor no dejó seguir a Hookie, que era quien había hablado.

—Cállate, estúpido. Tú también tendrás tu parte en el botín, así que no te preocupes de más —le interrumpió.

Hookie se encogió de hombros y guardó la pistola.

—Ojalá no tenga que arrepentirse, jefe —masculló.

—Si no cierras el pico, te partiré los labios —amenazó Taylor—. Bien, abogado, señorita Sheant, he tenido un gran placer en saludarles y en comprobar el perfecto estado de su salud.

Los tres *gangsters* se marcharon. Esther, desolada, rompió a llorar, abrazada al pecho de Gardiner.

—Se han llevado el cuadro... —gimió.

—Pero ¿no pretendía usted devolver el dinero?

—Sí, claro. Ellos, sin embargo...

Gardiner le palmeó suavemente una mejilla.

—Despreocúpese de ese asunto —aconsejó—. ¿Qué le parece si reanudamos nuestro interrumpido desayuno? Habrá que calentar el café, por supuesto...

Esther se separó de él, vivamente indignada.

—No sé cómo puede pensar en comer en unos momentos como éstos —dijo.

Gardiner soltó una risita.

—Mi estómago no entiende de arte —contestó—. Y, con o sin cuadro, sigue reclamando sus derechos, Esther.

Los ojos de Ethel Larsane chispearon al divisar a su visitante.

—Esta vez no se ha hecho usted anunciar a mi hijo —manifestó.

Como de costumbre, Gardiner se inclinó y le besó la mano.

—¿Quién es la dueña aquí? —preguntó.

—Usted sabe reconocer las realidades —dijo ella—. Bien, ¿qué le trae a mi casa?

—Han sufrido ustedes una valiosa pérdida. Le ruego acepte mis condolencias.

—¿Se refiere a Murdock? Sí, siento que lo hayan asesinado, pero no era sujeto de mi devoción, abogado.

—¿Habla usted en serio, señora Larsane?

Ethel le miró de hito en hito.

—Sea claro, no se ande con rodeos, Nick —pidió—. Detesto los circunloquios, sépalo de una vez.

—Raymond está ahora en los funerales de su infortunado secretario, ¿no es así?

—Era su obligación, compréndalo.

—Sí, ya supongo. Pero tengo la sensación de que Murdock era algo más que secretario en esta casa.

—¿Usted cree? —dijo ella, burlonamente.

—Un espía de su hijo.

La cara de Ethel se tensó súbitamente. A Gardiner le pareció que incluso se le suavizaban las arrugas por la misma tensión.

—Abogado, quiero decirle una cosa —habló ella, con voz cortante.

—Sí, señora.

—Usted me había caído simpático. No destruya aquella impresión que consiguió ya en la primera entrevista.

Gardiner no se inmutó. Sacó un cigarrillo y se lo puso en la boca.

—Señora, debe saber, o, mejor dicho, no debe olvidar que Esther Sheant es mi cliente —respondió.

—¿Qué tiene que ver eso con lo que estamos hablando? —barbotó la anciana.

—Más de lo que usted se imagina o quiere admitir —dijo

Gardiner—. De todas formas, el principal objeto de mi visita ha sido darle una noticia que espero le satisfaga.

—¿De qué se trata, Nick?

—Me lo ha encargado Esther en persona. Ha roto el compromiso con su hijo. Raymond ya no se casará con ella.

Ethel se reclinó en su asiento para mirar al visitante.

—No es mala noticia —convino—. Pero mi hijo volverá a las andadas.

—¿Lo cree así?

La anciana suspiró.

—Lo conozco demasiado bien —repuso.

—Usted ha sentido siempre antipatía por Esther y no sólo debido a sus antecedentes familiares, sino también por el hecho de haber sido modelo de un cuadro pintado por Grammont. No obstante, yo estoy en condiciones de afirmar que no podría haber deseado mejor esposa para su hijo... si Raymond hubiera sido de otra clase. Y, créame, su nuera habría sido para usted una verdadera hija.

—Mucho la aprecia usted, Nick —comentó Ethel, fríamente.

—Creo que he llegado a conocerla —respondió Gardiner—. Pero la culpa, insisto, no es de Esther, sino de Raymond. Y suya también, señora Larsane. No supo ver que su hijo acabaría siendo un hombre y creyó que toda su vida seguiría siendo el niño a quién crió y educó con los mayores esfuerzos y un cariño inmenso, pero también desorbitado. Impedir que Raymond desarrollara su propia personalidad fue un tremendo error, y ojalá no tenga que pagar por ello algún día.

—Dramático está usted, Nick.

—Digo lo que siento y creo que he opinado honradamente. —Gardiner se puso en pie—. Si le he causado algún daño, le ruego me disculpe, pero no hubiera podido actuar de otro modo.

—Me gustan los hombres sinceros, Nick —declaró Ethel—. A usted lo cambiaría sin dificultad por veinte como Raymond.

Gardiner se echó a reír.

—No me halague, señora —contestó—. Sólo soy un hombre corriente, aunque, eso sí, procuro contemplar las cosas sin apasionamientos. Y hablando de otro tema, ¿qué noticias tiene usted de la

K. T. & Merliner,

señora Larsane?

CAPÍTULO XV

Hookie Smith entró en la sala con un rollo bajo el brazo y un enorme sobre en la otra mano. Taylor lo acogió con un enorme suspiro de alivio.

—¡Por fin! —exclamó—. Creía que no ibas a llegar jamás.

—La cosa no ha sido fácil, jefe —contestó Hookie—. Radiografiar un cuadro y revelar las películas no es cosa que se haga en unos minutos.

—El doctor Bartle tiene una instalación muy anticuada —dijo Long—. Yo conozco una clínica donde tienen los aparatos que usan en el Vietnam. Se dispara el interruptor, funciona el aparato de rayos y la placa queda impresionada. Como es de revelado automático, antes de un minuto está lista la radiografía.

—Ya lo sé, ya sé que existen esos aparatos —refunfuñó Taylor—. Pero ¿podemos recurrir a una de esas clínicas sin levantar sospechas?

—El jefe tiene razón, Theo —intervino Hookie—. Nuestro matasanos es de confianza y no hace preguntas.

—Siempre que se le pague bien, claro —dijo Long, irónicamente.

—Por cierto, ¿qué te ha costado, Hookie? —preguntó Taylor.

—Quinientos, jefe.

—¡Ladrón! —Fue el indignado apostrofe que Taylor lanzó contra el doctor Bartle.

Hookie se encogió de hombros.

—¿Qué quiere que yo le haga? —contestó—. Me los pidió por adelantado cuando le dije lo que queríamos de él... y yo no sé manejar sus aparatos.

—Tú no has pasado nunca de aprender otra cosa que a manejar el gatillo —dijo Taylor—. Bueno, deja ahí el cuadro y saca los negativos.

—Sí, jefe. Ah —exclamó Hookie—, el matasanos me ha dado

una nota para usted. No la he leído porque cerró el sobre...

—Luego, luego —cortó Taylor, impaciente—. Prepara la pantalla, tú.

Long aprestó la pantalla para examinar las placas, Taylor colocó el primer negativo ante el cristal deslustrado, al otro lado del cual había una potente lámpara que permitía examinar la radiografía sin dificultad.

Los trazos de la pintura se divisaban claramente, más gruesos en unos sitios y tenues en otros, pero no había la menor señal de letras o signos que indicasen alguna clave. Tremendamente excitado, Taylor colocó la segunda placa.

Unos minutos más tarde, llegaba a una desoladora conclusión:

—¿Pero dónde está esa maldita clave? —bramó—. No hemos visto nada...

Hookie le tocó en un hombro.

—Jefe, quizá le convenga leer la nota del doctor Bartle —sugirió.

—Dámela —pidió Taylor, hirviendo de furia por lo que estimaba un engaño.

Con dedos nerviosos, rasgó el sobre y sacó una cuartilla de su interior, Hookie y Long leyeron su contenido por encima de sus hombros:

«La reproducción del cuadro es excelente, pero está hecha en tela especialmente preparada para copias fotográficas y, además, con otro forro de tela de pintor adherido al lado opuesto a la imagen».

—¡Me han estafado! —aulló Taylor, al borde del paroxismo.

El teléfono sonó en aquel momento. Long se acercó al aparato y lo levantó.

Escuchó atentamente unos segundos. Luego agitó una mano.

—Jefe, el abogado Gardiner —indicó.

Taylor tiró la nota a un lado y agarró el teléfono con mano crispada.

—Hable, Gardiner —rugió, más que habló.

—No grite tanto o me quedaré sordo —dijo Gardiner, riendo—. Quizá está de mal humor, ¿no es cierto, Taylor?

—¿Trata de burlarse de mí, Gardiner? Escuche, me debe un

favor: les perdoné la vida...

—Lo hizo por su propia conveniencia. Si le hubiera interesado eliminarnos, nos habría matado sin sentir el menor resentimiento.

—Aún no es tarde para corregir ese error, abogado —amenazó el pandillero.

—Puntos de vista, claro. A propósito, ¿tiene ya las radiografías del cuadro? ¿Ha encontrado algo interesante?

—¿Es usted el autor de este engaño?

—Podría decirle que sí, pero...

—¡Maldición! —rugió Taylor, exasperado—. ¿Por qué no sigue de una vez?

—A eso iba, hombre —dijo Gardiner, sin abandonar su tono de buen humor—. ¿Es que acaso soy yo el único interesado en la clave del cuadro?

—Por supuesto que no, pero, en todo caso, ¿cómo sabía que yo había encargado ciertas radiografías?

—Taylor, a veces parece tonto —le apostrofó el abogado—. Ni siquiera se le ha ocurrido que también usted mismo o sus hombres pueden ser seguidos discretamente, ¿verdad?

El *gángster* se puso rígido.

—Entonces, no es usted el autor de la sustitución, pero sabe que yo...

—Así es, Taylor, y puesto que hay más gente interesada en el botín de la

K. T. & Merliner,

averigüe usted mismo qué persona pudo haberle dado el cambiazó.

Sonó un «click». Taylor contempló el teléfono durante unos instantes y, luego, de pronto, marcó un número.

—Ven inmediatamente —ordenó al hombre que contestó a su llamada.

—Pero...

—¡Ven! —aulló Taylor—. No quiero subterfugios; o vienes inmediatamente o destaparé el pastel. ¿Está claro?

—Sí, desde luego; ahora mismo salgo para tu casa.

Taylor volvió el teléfono a la horquilla.

Sudaba copiosamente.

—Voy a la piscina —anunció—. Le recibiré allí —indicó a sus esbirros.

El agua tibia le relajaba notablemente. Además, el ejercicio de la natación, si bien no le hacía adelgazar, como hubiera querido, al menos le impedía acumular grasas. Hookie se quedó vigilando, mientras Long le, ayudaba a desvestirse.

—Tengo que salir, mamá —anunció Raymond Larsane, con voz neutra.

Ethel miró a su hijo por encima de las antiparras que usaba para leer.

—¿Tardarás mucho, Raymond?

—Mamá, ¿cuándo te vas a convencer de que tengo cuarenta años y no soy un niño? —barbotó Larsane, furioso, a la vez que se dirigía hacia la escalinata—. Volveré cuando me apetezca, eso es todo.

Ethel meneó la cabeza.

—Es probable que el abogado tenga razón —soliloquió—. Me he mostrado siempre demasiado absorbente con él.

Mientras, Larsane alcanzaba su automóvil. Sentóse ante el volante y, casi en el mismo momento, descubrió un paquete en el asiento contiguo.

Había un rótulo en la envoltura del paquete:

«Ábralo fuera del recinto y lea con toda atención el mensaje contenido en el interior».

Larsane se quedó extrañado al leer tan extraña indicación.

Pero el subconsciente le hizo acatar el contenido de aquellas frases. Arrancó y se dirigió a buena marcha hacia la salida.

El portero le franqueó la puerta. A unos quinientos metros de la casa, Larsane apartó el coche a un lado del camino y cortó el encendido.

Rasgó la envoltura del paquete. Dentro había una caja negra, cuya sola visión le hizo dar un enorme salto en el asiento.

Gotas de sudor aparecieron inmediatamente en su frente. Junto con la caja había una nota doblada en dos.

Con dedos trémulos, desplegó el papel y leyó:

«Le devuelvo el obsequio que colocó en mi lámpara.

»Debo confesar que la fortuna acudió en mi ayuda,

pero reconozco que fue una idea ingeniosa. Ah, la espoleta de tiempo está graduada para treinta segundos. Tal vez usted estime que es un plazo demasiado largo.

»Las bombas de mano explotan a los tres segundos».

Para Larsane era fácil adivinar la identidad del autor de la nota. Al cabo de unos momentos, consiguió tranquilizarse.

Reflexionó. Un cigarrillo le ayudó a concentrarse.

Pasaron cinco minutos. De pronto, Larsane dio media vuelta a la llave de contacto y el motor arrancó de nuevo.

Hookie Smith parpadeó al reconocer al inesperado visitante.

—Usted, abogado —dijo.

—Yo mismo —sonrió Gardiner—. ¿Está visible su jefe?

El pulgar de Hookie señaló hacia el cobertizo de la piscina.

—Allí lo tiene —indicó.

—Gracias, muchacho.

Gardiner dio dos pasos hacia adelante, pero, de pronto, se detuvo, simulando indecisión.

—El otro día quería usted liquidarnos a los dos —dijo.

Hookie desvió la vista.

—No estoy seguro todavía de que no fuese la solución acertada —rezongó.

—Quizá tenga razón, desde su particular punto de vista, pero, andando el tiempo, llegará a darse cuenta de que ha sido mejor para usted que yo siga viviendo.

Gardiner reanudó la marcha, mientras Hookie maldecía en voz baja. Momentos más tarde, Theo Long abrió la puerta del cobertizo.

—¡Rayos! —exclamó—. Mire quién viene aquí, jefe.

Taylor vio al abogado desde la piscina y barbotó una imprecación.

—¿A qué diablos ha venido, Gardiner?

Sonriendo tranquilamente, Gardiner se acercó a la mesa y se sirvió una generosa dosis de escocés. Mientras ponía en el vaso un par de cubitos de hielo, dijo:

—Va a recibir usted una visita, Taylor. Quiero estar presente en la entrevista, eso es todo.

Taylor había dejado de nadar, pero se mantenía dentro del agua,

con los brazos apoyados en el borde de la piscina.

—¿Y si a mí no me conviniera que usted estuviese presente mientras yo hablo con mi visitante? —preguntó.

—Por lo que yo sé, su interés por la clave contenida, en el cuadro no ha decaído todavía —contestó Gardiner, en tono aparentemente trivial.

Hubo un momento de silencio. Los ojos de Taylor miraban al abogado con hipnótica fijeza.

—Está bien —cedió al cabo—. Se quedará aquí, pero sujeto a mis condiciones. Theo, saca tu pistola y no le pierdas de vista un solo instante. Recuerda que es un tipo lleno de trucos.

—No dejaré de tenerlo en cuenta ni un segundo, jefe —contestó Long, solemnemente.

CAPÍTULO XVI

Raymond Larsane abrió la puerta del cobertizo y se quedó parado al contemplar una singular escena.

Taylor nadaba perezosamente. Gardiner, sentado en una cómoda butaca, tenía un vaso alto en una mano y un cigarrillo en la otra.

Long, en pie, apuntaba con su pistola al abogado. Irresoluto, Larsane permaneció unos segundos en el umbral.

—Entra de una vez, imbécil —le apostrofó Taylor, braceando para acercarse al borde de la piscina.

La cara de Larsane se puso roja de ira. Cerró de un portazo y avanzó hacia Gardiner.

—Quiero que me expliquen qué significa todo esto —dijo.

—La clave del asunto está... en la clave del cuadro, Taylor cree que lo tiene usted, Raymond —dijo Gardiner.

—¡Eso no es cierto! Yo no he visto el cuadro —gritó Larsane—. No sé dónde está...

Taylor miró a los dos alternativamente.

—Creo que empiezo a comprender —dijo—. Definitivamente, lo tiene usted, Gardiner.

—Sí —admitió el abogado, impasible.

—Si no me indica su paradero, Long le meterá dos tiros en la cabeza —amenazó Taylor.

—¿Y por qué no le da esa orden a Raymond? —contestó Gardiner, con perfecta indiferencia—. A fin de cuentas, es su asesino privado.

La cara de Larsane se puso gris.

—Lo sabe todo —dijo, sombríamente.

—Sí —confirmó Gardiner—. ¿No es usted quien le dio a Taylor y sus amigos, entre los que figuraba Wardley Sheant, el «soplo» de los dos millones contenidos en la caja de la Merliner? Usted tenía motivos de sobra para saberlo, puesto que la empresa es propiedad

de su madre.

»Pero, al mismo tiempo, usted estaba harto de la tiranía de su madre, estaba harto de ser considerado y tratado como un chiquillo de pocos años, estaba harto de que el menor de sus actos fuese fiscalizado y criticado hasta la exasperación. Y con esa información, usted no sólo pretendía a sí mismo demostrarse que era un hombre, sino que también quería conseguir unos cientos de miles de dólares para largarse del país y escapar así definitivamente a la exacerbante tiranía de su madre.

»Pero algo falló, y eso estropeó los cálculos de todos ustedes — continuó el abogado—. Sheant, aunque herido, consiguió esconder el botín y sólo lo comunicó a su fiel amigo el pintor, quien, al realizar el cuadro, escribió en la tela la clave del escondite, ocultándola luego con sucesivas capas de pintura. Esa clave sólo podría ser revelada mediante una radiografía, como así ha sido, efectivamente.

»Usted también cometió un error, Raymond. No sólo no consiguió dinero, sino que cayó en las garras implacables de Taylor, quien, a partir de este momento y mediante un chantaje, le obligaba a obedecer todas sus órdenes...; incluso las que se referían a un asesinato. Así todo el mundo creía que el ejecutor de Taylor era Deadshot Albertyne, y, en realidad, actuaba en algunas ocasiones, mientras que en otras, en que se necesitaba una mayor discreción y un alejamiento de las sospechas, era usted el que cumplía la sentencia de muerte.

»Como, por ejemplo, las sentencias dictadas contra Jackson Jones y Euwiel Murdock. Aquél, porque había tomado parte en el asalto de la Merliner, y Murdock, porque debía morir, una vez hubiera asesinado o intentado asesinar a Esther Sheant. En cambio, a Beacon lo mató Albertyne, por la sencilla razón de que había fisgado demasiado y ello había llegado a su conocimiento, Taylor.

—Ha averiguado usted demasiadas cosas, abogado —dijo Taylor hoscamente.

—Lo admito —contestó Gardiner— sin pestañear. —También sé, por ejemplo, que Murdock no era realmente el secretario de Larsane, sino su espía, aunque simulaba desempeñar también ese papel para la señora Larsane, quien quería en todo momento una constante vigilancia de los actos de su hijo. Naturalmente, si

Murdock pertenecía a su banda, Taylor, no le iba a decir a la señora Larsane que Raymond era un asesino. Por el momento, claro, quizá más adelante les hubiera convenido decírselo.

—Todo eso está muy bien —gruñó Larsane—. Pero ¿qué pretende con lo que ha dicho?

—Simplemente, una cosa —respondió el abogado—. Taylor ya no le necesita. En cualquier momento, dará la orden de deshacerse de usted. ¿Lo comprende ahora?

Hubo un corto y tenso intervalo de silencio. De repente, Taylor lanzó un agudo grito:

—Long, liquida a Raymond. ¡Ahora!

El pandillero se volvió y apretó el gatillo. Larsane lanzó un débil grito y cayó de rodillas.

—¡Y al abogado! —chilló Taylor, agarrado al borde de la piscina con ambas manos.

Long giró en redondo, pero, en el mismo momento, dos manos le asestaron un fortísimo empujón, lanzándolo al agua. El pistolero levantó una nube de espuma al caer, apartando a Taylor del borde.

Casi en el mismo instante, Larsane, con sus últimas fuerzas, lanzó un objeto al agua.

Gardiner se tendió. Taylor y Long emergían en aquel preciso instante.

La bomba explotó a cuatro pasos del borde. Un enorme chorro de espumas subió a lo alto, a la vez que se escuchaba una violentísima detonación.

La onda expansiva golpeó a los dos hombres con indescriptible violencia, haciéndoles saltar literalmente fuera del agua. Pero ya la tremenda potencia del líquido desplazado por la explosión había causado irreparables daños en sus organismos.

Hookie entró en aquel momento. Sus ojos se desorbitaron al ver dos cuerpos flotando en el agua, panza arriba, como peces muertos en un río, después del lanzamiento de un cartucho de dinamita por un pescador desaprensivo.

Salían regueros rojos de la boca y narices de los dos muertos y se disolvían lentamente en el agua.

—Si quiere salir con bien de este asunto, será mejor que se olvide de su pistola, Hookie —dijo Gardiner, secamente.

Hookie asintió. Gardiner volvió la cabeza.

Larsane yacía en el suelo. Todavía respiraba.

El abogado se arrodilló junto a él. Larsane le miró.

—Dígale a mi madre...

Su voz se extinguió súbitamente. Gardiner meneó la cabeza. Tal vez era mejor que la muerte hubiese cortado un violento apóstrofe dirigido a una mujer demasiado autoritaria.

Los ojos de Ethel Larsane aparecían secos, pero era evidente que había llorado mucho.

—Tenía que acabar así —dijo.

—¿Era de Raymond toda la culpa? —preguntó Gardiner.

Ethel desvió la cabeza a un lado. Esther la contemplaba críticamente, sin intervenir en la conversación.

—Los reproches no sirven ahora de nada —dijo Ethel.

—Quizá, pero debe tener en cuenta que usted fue el factor desencadenante de la catástrofe. Ya le dije qué pensaba yo acerca de su comportamiento con Raymond, y no voy a repetírselo otra vez, pero algunos de sus actos se reflejaron en él y, en cierto modo, débil de voluntad, los imitó, sólo que aumentando sus consecuencias.

—¿A qué actos se refiere usted? —preguntó Ethel, secamente.

—Hablo de la Merliner, propiedad suya, señora Larsane, aunque bajo el nombre y dirección del individuo que dio su nombre a la empresa. Pero la financiación corría a cargo de usted. Y los beneficios también, claro. Pero la Merliner hacía negocios que no tenían nada de honestos, y, naturalmente, si no se reflejaban en los libros de contabilidad, tampoco el dinero conseguido podía ir a los Bancos, a fin de evitar que los inspectores de impuestos metieran las narices en sus cuentas corrientes. Por eso había tanto dinero en el doble fondo de la caja fuerte, además de las piedras preciosas.

—¿Cómo lo ha averiguado? —preguntó Ethel, casi a gritos.

—Me lo dijo el propio Merliner, pero temía por su vida y está bien escondido, y, por supuesto, debidamente protegido. Merliner se sentía ya harto; él había aceptado la dirección de la empresa, creyendo que todo sería decente. Se equivocó y luego no le dejaban apartarse del negocio.

—Entonces, los dos millones...

—Un tribunal decidirá —respondió Gardiner—. Eso ya no es cuenta mía, señora Larsane.

Los ojos de Ethel estudiaron unos momentos la esbelta figura de Esther.

—Quizá hubiera sido mejor permitir que Raymond se casara contigo, muchacha —dijo.

—Eso fue lo que exacerbó a Raymond hasta el límite, señora —declaró el abogado—. No se puede decir que la quisiera con locura, pero es una chica muy guapa... y, además, creía que ella conocía el escondite del dinero.

—Sólo se ven los errores cuando se han cometido —murmuró Ethel, amargamente—. Pero yo quería a Raymond...

—Nadie lo duda, señora, sólo que fue un amor maternal, además de excesivo, mal enfocado —dijo Gardiner, a la vez que se ponía en pie.

Esther se levantó también.

—¿Qué me sucederá ahora, Nick? —preguntó la anciana.

—Deberá pagar una fuerte multa, impuestos atrasados, responder del contrabando de piedras preciosas...; pero todo eso lo arreglará con dinero y el problema no debe preocuparle. Tiene fácil solución.

—La muerte no tiene solución —dijo Ethel, tristemente.

Gardiner y Esther abandonaron el jardín.

—Entonces, devolviste el botín —dijo ella.

—Así es —confirmó Gardiner.

—Pero ¿cómo pudiste encontrar el cuadro? A mí no se me hubiera ocurrido jamás, Nick.

Gardiner sonrió.

—Cierta noche, se me ocurrió mirar a través del telescopio. No me extrañó que no se viese nada. Entonces, se me ocurrió la idea de que era el lugar más adecuado para esconder la tela enrollada del cuadro.

—Y luego colocaste una copia...

—Sí, me la hizo Terry Crown en esa tela especial, a la cual pegué por detrás otra tela de pintar, para engañar a quién encontrase la copia.

—Incluso desempeñaste una comedia delante de mí.

—Taylor y los suyos se acercaban a la casa. Yo los había visto a través de la ventana, mientras desayunábamos.

—Es decir, que hiciste que yo creyera que era el original.

—No podía correr el riesgo de un desliz tuyo. Podías cometer un error, simulando que no sabías nada, conociendo la verdad. Era mejor que tu ignorancia fuese auténtica, es decir, que creyeses, como ellos, que la tela encontrada era la verdadera.

—Bueno —suspiró Esther—, y ahora, dime, ¿dónde está el cuadro?

—Cuando vuelvas a tu casa, lo encontrarás en su marco y colgado en la sala, en lugar preferente.

—¿Indicaba la clave el escondite del dinero?

—Sí, bajo la plataforma circular de metal que sostiene el telescopio.

Esther le contempló admirada.

—Creo que acerté cuando fui a buscarte para que me protegieras —dijo.

—Sí, entonces pretendían asustarte con un fingido atropello y unos tiros de fusil supuestamente errados, porque creían que tú conocías el escondite del dinero.

—Pero no era cierto, Nick.

—Estaban equivocados —contestó Gardiner, mientras esperaba a que el guardián del exterior abriese la puerta de metal.

El paso quedó libre. Gardiner arrancó de nuevo.

Esther dijo:

—El cuadro está ya en mi casa, Nick.

—Sí, te pertenece.

—En tal caso, ¿por qué, no vienes a contemplarlo? Ahora ya sin prisas, sin temor a nadie...

—Es una invitación muy atractiva y la acepto, porque no sólo podré contemplar el cuadro, sino también el original —contestó Gardiner.

Y como descubrió de pronto que podía conducir con una sola mano, pasó el brazo derecho en torno a los hombros de Esther, quien se sintió en el acto llena de contento.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.500 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

